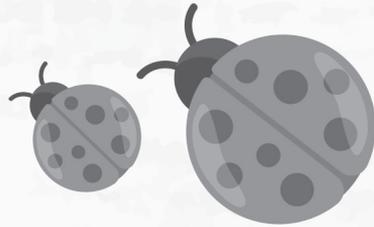
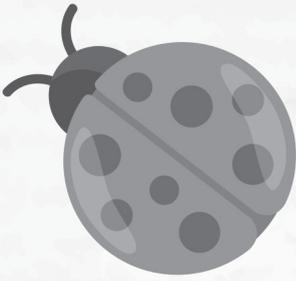




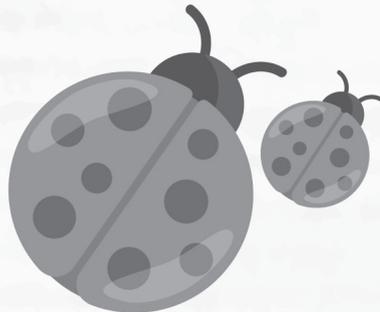
DEL MIEDO Y
EL SILENCIO AL
RECONOCIMIENTO



Programa Feminista La Corriente
Nicaragua, Noviembre del 2016



DEL MIEDO Y
EL SILENCIO AL
RECONOCIMIENTO



Programa Feminista La Corriente
Nicaragua, Noviembre del 2016

Créditos

Una publicación del Programa Feminista La Corriente
Año 2016

Equipo de investigación

María Teresa Blandón Gadea
Helena Closa Castells
Cristina Arévalo Contreras

Diseño y diagramación:
Ardisa

Con el apoyo financiero de:



“El tema es el amor y el respeto, son herramientas y ejercicios para superar algo que la cultura nos ha impuesto. Porque nombrarlo es imponernos, con dignidad. Y amor”

Hermano de homosexual. 44 años

Índice

Tabla de contenido

PRESENTACIÓN	1
METODOLOGÍA	3
MARCO TEÓRICO	6
PRINCIPALES HALLAZGOS	15
4.1 Experiencias de discriminación	15
4.2 Consecuencias de la discriminación	25
4.3 Hay vida más allá de la heterosexualidad: Importancia del apoyo de las familias	34
4.4 Las familias necesitan espacios para entender y nombrar	36
4.5 Modelos afirmativos y entornos seguros	38
4.6 Importancia de los colectivos que defienden nuestros derechos	38
4.7 El feminismo como espacio para comprender, reconocernos y rebelarnos	41
4.8 Sueños para otro mundo posible	42
REFLEXIONES FINALES	44
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	47

I. PRESENTACIÓN

En la experiencia desarrollada por el Programa Feminista La Corriente durante la última década, resulta cada vez más clara la importancia que la sexualidad tiene para la construcción de nuevas narrativas sobre ciudadanía y democracia. Por ello, nos hemos propuesto la realización de un nuevo estudio que nos ayude a comprender con mayor profundidad, el peso que el heterosexismo y la homo/lesbofobia que le es propia, tienen no solo en la experiencia de las personas que encarnan sexualidades disidentes, sino en las dinámicas familiares tomando en cuenta que las familias, sean cuales fueran sus características, constituyen el primer espacio de socialización.

Hemos elegido este tema de investigación partiendo de los diálogos promovidos por La Corriente con jóvenes lesbianas, gays y bisexuales, en los cuales hemos reflexionado sobre la importancia que tienen los vínculos familiares en los procesos de reconocimiento y aceptación de sexualidades que se apartan de la norma heterosexual. En muchas de las experiencias compartidas, las familias de origen representan uno de los principales lugares de discriminación y violencia, y por lo tanto, se constituyen en el primer obstáculo para la auto aceptación y la politización de la disidencia sexual.

Otra motivación para llevar a cabo este estudio es la realización de un primer ciclo de reflexión desarrollado con familiares de personas LGBT en el año 2015, durante el cual las y los participantes expresaron claramente la necesidad de madres, padres, hermanos y hermanas de gays y lesbianas, de “entender” otras formas de vivir la sexualidad diferente a la heterosexual. En los relatos de estas personas que participaron en calidad de familiares, se combinan los prejuicios, los miedos, la confusión, los sentimientos de vergüenza, la ambigüedad y sobre todo, la necesidad de “entender”.

Este ciclo de reflexión también nos permitió comprender que no solo se trata de lo que las familias piensan y sienten con relación a bisexuales, gays y lesbianas dentro de su familia, sino de sus propias experiencias, dudas, conflictos y traumas vinculados a la sexualidad. De ahí la importancia de identificar las claves que explican comportamientos disímiles en las familias en términos de rechazo-aceptación-reconocimiento.

Decidimos hacer este nuevo estudio porque además de los obstáculos presentes en las dinámicas familiares, hemos encontrado los gérmenes del cambio en el largo camino de desaprender el heterosexismo y reconocer la diversidad de experiencias humanas en el campo de la sexualidad. En tal sentido, los resultados de este estudio representan un diálogo fructífero entre jóvenes bisexuales, lesbianas y gays y sus familias, encaminado a “entenderse” y juntos emprender el camino de resistencia a los mandatos heterosexistas.

Además, este estudio nos permitió indagar desde la experiencia de gays y lesbianas, cómo algunas personas han transitado desde la auto-negación hasta la politización de su sexualidad; mientras otras se mantienen al margen de las luchas por el reconocimiento, aun en los espacios más cercanos de socialización.

Considerando que la homolesbofobia es experimentada de diferentes maneras por gays y lesbianas en virtud de la marca sexista predominante en nuestras sociedades,

también nos interesamos en identificar las coincidencias y las diferencias presentes en las dinámicas familiares y públicas y en los espacios de activismo. La identificación de los sesgos de género en la experiencia de personas LGB reviste una enorme importancia en el análisis de las intersecciones entre género y sexualidad, así como en la construcción de discursos frente a los sistemas de opresión.

El estudio está encaminado a identificar los núcleos duros de la homobifobia y el impacto que ello tiene en la vida de lesbianas, gays y bisexuales; así como a la identificación de factores que alientan el cambio de ideas y actitudes de familiares que conviven con personas que transgreden el mandato de la heterosexualidad no solo en relación con “otro” diferente, sino en relación con la propia experiencia en el ámbito de la sexualidad.

Nos interesa no solo documentar el peso que la discriminación y el rechazo tienen en la vida de lesbianas, gays y bisexuales, sino las resistencias, transgresiones, apertura al cambio y politización de la disidencia sexual.

Este nuevo estudio que ahora compartimos con ustedes, nos ha permitido ahondar en el conocimiento y comprensión de las experiencias vitales de lesbianas, homosexuales y bisexuales en el difícil proceso de reconocerse “diferentes” a la norma heterosexual que rige la sociedad. Hemos indagado sobre las experiencias de sus familiares, quienes también forman parte de la trama y del drama que supone este mandato.

Confiamos en que los resultados de este estudio contribuyan a fomentar diálogos constructivos en el seno de las familias como lugar de aprendizaje de las normas de género, pero también como posible lugar de resistencia y de cambio, en donde el afecto y el respeto constituyen insumos vitales para hacerle frente al peso demoledor de la discriminación.

Agradecemos a todas las personas que estuvieron dispuestas a compartir sus reflexiones y experiencias, ya que este solo ejercicio de “nombrar” representa una evidencia clara de los cambios esperanzadores logrados en al menos una parte de la sociedad nicaragüense.

II. METODOLOGÍA

Este estudio tiene una finalidad pedagógica en el sentido de constituirse en un insumo, un punto de apoyo para el desarrollo del proceso de reflexión en torno a la sexualidad tanto dentro de las familias como en los grupos de activismo.

El principal mérito de este estudio radica en el hecho de reunir voces diversas de mujeres y hombres heterosexuales que analizan, desde su propia experiencia, las dificultades que han experimentado, pero también los avances en el proceso de reconocer y respetar a lesbianas, bisexuales y gays que forman parte de sus entornos familiares. Asimismo, se incluyen voces de jóvenes que aun permanecen “dentro del clóset”, los cuales analizan el peso que la homofobia vivida dentro de sus familias tiene en sus vidas y las estrategias de autoprotección desarrolladas.

El estudio también incluye las reflexiones de activistas feministas y de diversidad sexual, quienes comparten no solo su propia experiencia, sino la complejidad de hacer activismo a favor de los derechos de lesbianas, homosexuales y bisexuales, en sociedades que reproducen con bastante rigidez los mandatos heterosexistas.

El enfoque metodológico del presente estudio parte de la teoría feminista, la cual nos permite recuperar la experiencia vivida y reflexionada tanto de gays, lesbianas y bisexuales que se mantienen dentro del clóset - es decir, que no se reconocen como tales en determinados espacios-, como de aquellas que han logrado politizar su experiencia y convertirla en demanda política. Asimismo, establece un diálogo entre lesbianas, gays y bisexuales y sus familiares, para encontrar las claves de resistencia y reconocimiento de la diversidad como posibilidad y como derecho.

Hemos considerado necesario incluir las voces de jóvenes lesbianas, bisexuales y gays que por diversas razones han decidido no verbalizar su no heterosexualidad, así como homosexuales y lesbianas que realizan activismo en defensa de los derechos de las personas LGBT.

También hemos incluido las voces de padres, madres, hermanas y hermanos de homosexuales, lesbianas y bisexuales para reflexionar sobre esta experiencia que, sin proponérselo, les coloca como familia en el lugar del control y la crítica por parte de una sociedad atrapada en una mirada binaria sobre la sexualidad. Es decir, constatamos que el clóset no solo afecta a lesbianas, gays y bisexuales, sino también a sus propias familias.

El ámbito geográfico de la investigación incluye los departamentos de Managua, Matagalpa, Estelí, León, Bluefields (RAAS) y Nueva Guinea (RAAN). Estos departamentos fueron seleccionados porque corresponden a los lugares en donde La Corriente ha trabajado durante varios años con jóvenes activistas y más recientemente con familiares de personas LGBT.

Una vez definidos nuestro objetivo y metodología de investigación, seleccionamos a las personas a entrevistar; las contactamos y realizamos entrevistas individuales y colectivas, así como grupos focales. En total participaron treinta y seis personas.

Para la selección de los y las participantes en el presente estudio, se tomaron en cuenta los siguientes criterios: Madres/padres/hermanos de homosexuales, lesbianas o bisexuales que estuvieran fuera del clóset; lesbianas, gays y bisexuales que estuviesen dentro del clóset; activistas por los derechos de la diversidad sexual y activistas feministas lesbianas, gays, bisexuales. Todas las personas entrevistadas son mayores de edad, provienen tanto del ámbito rural como urbano, del Pacífico y de la Costa Atlántica de Nicaragua.

El trabajo de campo se realizó bajo la siguiente distribución:

- Se realizaron cuatro grupos focales: **Managua** (2 lesbianas y 1 gay), **León** (2 gays y 2 lesbianas), **Bluefields** (2 homosexuales, 3 lesbianas y 1 activista feminista) y **Matagalpa** (3 activistas feministas heterosexuales, 4 gays y 1 hermana de un gay)
- Se realizaron cinco entrevistas en profundidad a personas que se colocan dentro del clóset: 2 gays, 1 mujer bisexual, 2 lesbianas y una mujer con una experiencia homoerótica que no se define lesbiana.
- Se entrevistaron a 3 madres de lesbianas (dos de Estelí, una de El Viejo), 1 padre de lesbiana (Managua), 1 hija de lesbiana (Estelí) y 1 hermano de gay (Managua).
- Dos entrevistas en profundidad: con un activista gay y con dos activistas feministas lesbianas.

Las edades de las personas participantes fueron entre 19 y 62 años, si bien la gran mayoría fueron personas menores de 30 años.

Tanto los grupos focales como las entrevistas en profundidad contaron con instrumentos cuyas preguntas estaban encaminadas a indagar sobre creencias, temores, experiencias de discriminación, cambios favorables, valoraciones sobre el trabajo de activistas por los derechos de las personas LGBT e identificación de propuestas para afrontar la discriminación.

Las categorías de análisis que se utilizaron por grupo de interés, fueron las siguientes:

Para familiares:

- a. Ideas sobre la homosexualidad, lesbianismo y bisexualidad.
 - a.1. Rechazo
 - a.2. Transición
 - a.3. Aceptación
- b. Estrategias de afrontamiento

Para las personas dentro del clóset:

- a. Discriminación
 - a.1. Dentro de la familia
 - a.2. Fuera de la familia
 - a.3. Consecuencias

- b. Continuidades/Intermitencias
 - b.1. Espacios de apertura
 - b.2. Espacios de clausura
- c. Valoración de diferentes estrategias

Para activistas:

- a. Apoyos
 - a.1. Dentro de la familia
 - a.2. Fuera de la familia
- b. Espacios de reflexión
 - b.1. Organizaciones feministas
 - b.2. Organizaciones LGBT
- c. Factores positivos que contribuyen con la aceptación
- d. Factores positivos que contribuyen al activismo.

Las experiencias y reflexiones compartidas por las y los participantes, en conjunto con el análisis teórico y nuestra propia experiencia en el trabajo con jóvenes lesbianas, gays y bisexuales constituyen el cuerpo de esta investigación. Cada participante podrá reconocerse en sus propias experiencias y con sus propias palabras, y con ello representar, de alguna manera, voces que no fueron parte de la investigación pero que comparten experiencias similares.

III. MARCO TEÓRICO

La experiencia de los sujetos en el ámbito de la sexualidad no es ni individual, ni privada, sino el resultado de complejos sistemas de organización social que se naturalizan y perpetúan a través de múltiples mecanismos de control tanto formales como informales.

Este estudio parte de reconocer que el orden binario desde donde se construyen las identidades de género -es decir, la creencia de que solo existen dos sexos, dos géneros, una sola manera de vivir el placer sexual-, tiene como eje articulador la heterosexualidad como norma para favorecer una sexualidad con fines reproductivos.

La imposición de la heterosexualidad se lleva a cabo por medio de controles formales e informales, como menciona Espejo (2009):

En su origen, los roles y la construcción de género necesitan, por tanto, el prejuicio, y para que éste quede acrisolado necesita la colaboración activa de cada uno de sus actores, o como mínimo, de la mayoría. Así se empieza por construir el género y los roles sexuales, que, inevitablemente, quedarían marcados por la conveniencia de quienes dominan la situación y por la impronta de sus intereses. (p.29)

Las familias en cualquiera de sus modalidades constituyen el primer espacio de aprendizaje de los modelos arquetípicos de feminidad y masculinidad entendidos como realidades esenciales, es decir, que “así nacimos” gracias a Dios o gracias a la naturaleza. Uno de los rasgos principales de la identidad de género así entendida es la heterosexualidad, ya que la sexualidad se concibe solo como un medio para favorecer la reproducción.

Desde esta comprensión limitada de la sexualidad, las familias son las encargadas de enseñarnos desde la infancia a reprimir cualquier manifestación de deseo por cuerpos del mismo sexo, así como a estimular el deseo por los cuerpos genítalmente diferentes. Es bien sabido que en la mayoría de las familias se castiga severamente a los niños que realizan juegos “eróticos” con otros niños y lo mismo ocurre con las niñas, aunque en estos casos existe una relativa apertura a la demostración de la afectividad siempre y cuando esté exenta de cualquier insinuación erótica en un sentido estricto. Detrás de tales castigos se encuentra el miedo de madres y padres al peligro de la homosexualidad de sus hijos porque ello representaría una afrenta mayúscula, mientras en el caso de las niñas este miedo está presente principalmente en su relación con los niños desde el supuesto que son los niños quienes pueden “inducir” a las niñas a experimentar juegos sexuales.

La bisexualidad, el lesbianismo y la homosexualidad se consideran aberraciones o perversiones de sujetos moral y psíquicamente incapaces de controlar su propia sexualidad y, por ende, de respetar las normas establecidas por la moral sexual dominante. Esta clasificación negativa está alimentada por una idea que presenta la heterosexualidad como la única expresión posible del deseo humano, y a los sujetos que incumplen este mandato como seres dominados por las fuerzas del mal.

Es decir, que para legitimar el rechazo a lesbianas, homosexuales y bisexuales fue preciso colocar a la heterosexualidad como la norma universal, desde donde se niegan o se

rechazan otras formas de expresión del deseo. La perversión, la maldad, la anomalía y la enfermedad han sido los epítetos desde donde las sociedades construyen discursos y prácticas discriminatorias hacia el que se muestra diferente.

La gran mayoría de las familias de sociedades como la nicaragüense, encuentran en la doctrina cristiana el fundamento de las ideas binarias sobre el género y la sexualidad, como menciona el estudio de Blandón y Castañeda (2013):

Las religiones se ven a menudo involucradas en la tarea de regular la sexualidad, la reproducción biológica y social, la estructura familiar y los roles de género de acuerdo con algún principio trascendente presentado como natural, sagrado o divino en su origen. (p.36)

La fuerza arrasadora con que la colonización europea impuso el modelo binario de género y la sexualidad reproductiva desde una ideología racista que proclama la superioridad blanca para someter a las amerindias, constituye la marca de origen de la modernización impuesta a los pueblos colonizados, tal y como lo menciona Blandón (2003):

Entre las víctimas de la modernidad impuesta a las culturas amerindias se encuentran además de los indios, los negros, las mujeres, las personas que encarnan sexualidades con fines no reproductivos: ... Los sujetos de una sexualidad diferente a la que aseguraba a los europeos la mano de obra que repusiera la que hacían desaparecer las pestes, las guerras, la sobreexplotación y el comercio de esclavos... Las sexualidades anómalas: lesbianas u homosexuales, o los heterosexuales que practicaban una sexualidad potencialmente no reproductiva, por la cual incurrían en el delito de sodomía, que tan furiosamente persiguiera la inquisición como pecado nefando. (p.25)

Racismo, machismo y homofobia fueron tres pilares constitutivos de la colonización europea, al respecto Blandón (2003) menciona que:

Fue un proceso violento bien se sabe, mediante el cual se logró superponer los valores, creencias y visiones de género, raza, etnia y sexualidad europeos a los que regían en las culturas indoamericanas, al tiempo que se establecían férreos controles sobre el trabajo del indio o se importaba a los esclavos de África. (p.26)

La moral sexual judeo cristiana constituyó el metarrelato desde donde los colonizadores estigmatizan, rechazan y persiguen no solo las prácticas sexuales, sino la relación con el cuerpo propia de los indígenas de América, Blandón (2003) al respecto menciona:

... Las chanzas referidas a las prácticas sexuales entre los indígenas del mismo sexo estarían inscritas en la axiología que, ajustada a normas teológicas, encendía el ánimo de los misioneros que durante la evangelización o “transculturación”, como la denomina Ángel Rama (27), se propusieron arrancar las prácticas “contranatura” de los amerindios, por no ajustarse a las concepciones epistémicas de los europeos. Fue la gran cruzada en contra de la “sodomía”, en la que se enmarcaban el lesbianismo, el onanismo, la pederastia, la homosexualidad masculina y el bestialismo. (p.28)

... Con la amenaza de la condenación eterna y la inoculación del sentimiento de culpa, ya se ha impuesto la sexualidad binaria, a partir del discurso falocéntrico cuya exclusión de lo no heterosexual es bien sabida. (p.29)

Desde los tiempos de la cristianización impuesta por la colonización europea en América, poco ha cambiado en la doctrina cristiana respecto de la sexualidad. Para autores como Lugo Rodríguez (2006), la iglesia católica ha llegado a un “callejón sin salida” en el abordaje de cualquier forma de sexualidad que se aparte de la sexualidad reproductiva:

El trato compasivo exigido a los pastores con respecto a las personas homosexuales choca en un momento determinado con la afirmación incontestable de que los actos homosexuales son intrínsecamente desordenados en opinión de la iglesia. No hay posibilidad alguna de que un homosexual pueda vivir conforme a la orientación que ha descubierto en su interior. Siempre vivirá una dicotomía desgastante: es gay, pero no puede vivir como tal; puede tener amigos, pero no puede amar en cuerpo y alma en particular; la atracción que siente por las personas de su mismo sexo no puede calificarse de pecaminosa, pero debe ser reprimida, de lo contrario le llevará a realizar un acto homosexual que es, en todos los casos y sin distinción ninguna, gravemente pecaminoso. ¿Quién puede vivir así? (p.21)

Este nivel de ambigüedad con que la iglesia católica intenta sostener la heterosexualidad como mandato divino, contribuye a crear confusión en padres y madres cristianos que viven la experiencia de tener un hijo homosexual o una hija lesbiana, y a dificultar su participación en las iglesias cristianas en general, tomando en cuenta el predominio de discursos de rechazo y menosprecio, por encima de las consideraciones que sugieren respeto y aceptación.

La proliferación de toda clase de prejuicios en torno a la sexualidad abona a la reproducción de una doble moral sexual, que alimenta un imaginario social homo y lesbófico, manteniendo en la obscuridad y el silencio otras formas de vivir la sexualidad. Esta doble moral se alimenta de las escasas referencias científicas, éticas y estéticas que ofrezcan miradas alternativas en donde los sujetos puedan recrear múltiples posibilidades de vivir el cuerpo, incluyendo la dimensión de los afectos y del deseo.

En este marco, si bien por un lado la invisibilidad lésbica comparte el miedo que enfrentan los homosexuales al rechazo y la discriminación, se ve agravada por la idea fuertemente arraigada en nuestras sociedades de las mujeres como cuerpos carentes de deseo, cuerpos destinados a satisfacer el deseo masculino como parte de sus deberes conyugales y extraconyugales.

Como señalan Juliano y Osborne (2008) en el análisis del lesbianismo en España durante la época del franquismo:

Reconocer su existencia era aceptar que las mujeres tenían iniciativas sexuales y que éstas iban por caminos diferentes de los que se les asignaban. En primer lugar implicaba renunciar a la idea de la pasividad sexual femenina y de su predisposición a “dejarse amar” en lugar de desear y amar por su cuenta. Por otra parte significaba aceptar que en el juego de la seducción los hombres tendrían que aportar algo más que poder económico y político si querían convertirse en objeto de deseo. Por último, implicaba reconocer que el modelo heterosexual ligado a la reproducción era solo una de las formas posibles de concretarse la sexualidad. (p. 10)

Las familias, cualquiera que sea su condición étnica y de clase, son consideradas como las principales responsables de la socialización de sus integrantes, en los límites previamente definidos por la cultura heterosexista. Se trata de “producir” nuevos seres humanos capaces de adaptarse y funcionar de acuerdo con las normas culturales establecidas desde los poderes dominantes.

Siendo una de las funciones de la familia la formación de la *Identidad Personal* ya que, “desde la familia, la persona va adquiriendo valores, normas y creencias que lo hacen irrepetible y único, y es dentro de ésta donde el sujeto define su identidad” (Romero y Leblanc Castillo, 2011, p. 94), la disidencia ante algunas de estas normas implica necesariamente una tensión que puede devenir en ruptura con los valores inculcados por la familia.

Este rol de la familia como institución formadora de identidad tiene un peso mayúsculo en la reproducción del binarismo de género, incluyendo la dimensión del deseo, como señalan Romero y Leblanc Castillo (2011):

Se realiza bajo las sendas de la heterosexualidad ya que desde el primer aprendizaje que va moldeando al sujeto, se van insertando los códigos sociales correspondientes a un estilo de vida heterosexual, por lo tanto la identidad que el sujeto logre construir al interior de la familia siempre irá dirigida en esa línea... (p.94)

La dificultad que presentan las familias para aceptar bisexuales, gays y lesbianas en su seno, recae precisamente en el hecho de que el modelo de familia tradicional es un símbolo heteronormativo, con lo cual cabe esperar que las reacciones iniciales sean negativas.

Sin embargo, tal y como lo demuestra el presente estudio, las reacciones de las familias ante la noticia de un hijo gay o hija lesbiana suelen ser muy diversas; lo que parece claro es que en todos los casos la reacción que asuman las familias tendrá un papel clave en el bienestar emocional de los hijos e hijas (Feinstein et al., 2014).

Al respecto Romero y Leblanc Castillo (2011), mencionan que:

Es fundamental poder compartir con la familia un elemento tan relevante para la persona que tiene que ver con el ámbito de la sexualidad y su orientación, considerando además que al sentirse diferente del grupo dominante, inmediatamente el individuo se sitúa desde una perspectiva de mayor vulnerabilidad y temor producto del posible rechazo que pudiesen manifestar quienes no comparten esa tendencia. (p. 87)

La aceptación de un homosexual, lesbiana o bisexual en sus respectivas familias, es un proceso complejo y frecuentemente contradictorio, ya que pone en cuestión las ideas aprendidas y tomadas como ciertas acerca de la sexualidad. De tal suerte, no solo se activan los desconciertos personales, sino el miedo a las posibles actitudes de rechazo y desprecio por parte de otros familiares, amistades, vecinos, iglesias, organizaciones comunitarias, entre otros.

Por su parte, homosexuales y lesbianas enfrentan un conjunto de sentimientos ambiguos y muchas veces contradictorios que en algún sentido se asemejan a la experiencia de los

duelos. Romero y Leblanc Castillo (2011) describen las etapas de dicha experiencia, que consisten en un proceso de confusión, toma de consciencia, reconocimiento, posterior aceptación de la homosexualidad y hacer pública la identidad homosexual, aunque esta última etapa sólo se da en una parte de los sujetos.

Los procesos de aceptación dependen de factores contextuales, sociales, culturales y, de forma más importante, de un necesario proceso de *resignificación del sujeto*, menciona Romero y Leblanc Castillo (2011):

Esta persona que se encuentra en una fase de transición y búsqueda tiene un pasado que le ha permitido hoy en día ser quien es y tiene que ver con toda una historia de vida desde la heterosexualidad que igualmente ha sido relevante para la persona. Por lo mismo, es que pudiese existir cierta angustia de perder esa antigua identidad para lograr alcanzar la plenitud de la homosexualidad, pudiendo ser visto incluso como una etapa de duelo de difícil manejo. (p.83)

En este contexto, homosexuales y lesbianas tienden a socializar con otras personas de su misma condición y a establecer nuevos grupos relacionales, pasando la familia a considerarse un factor estresante por el temor a que sean ellos precisamente los primeros en rechazarles. El temor a las consecuencias negativas de salir del clóset es el motivo principal por el cual gays y lesbianas deciden no expresarse abiertamente (D'augelli et al., 1998).

De este modo, hay una marcada tendencia a explicárselo primero a amigos antes que a familiares, siguiendo en la línea de rodearse de personas con las que se comparta esta condición o se sienta afinidad y aceptación (D'augelli et al., 1998).

La situación de las mujeres que transgreden el mandato de la heterosexualidad puede resultar más desafiante que para los gays e implicaría más riesgos para ellas en términos de posibles rupturas de los vínculos afectivos con sus familiares, que como sabemos suelen ser particularmente intensos en el caso de las mujeres, dadas las características de su socialización de género.

La dificultad añadida que experimentan las mujeres en este proceso es un tema recurrente en la literatura, donde se ha descrito un rechazo activo y explícito al lesbianismo, por el cual “la familia integra mejor a un hijo gay que a una hija lesbiana” (Mujika y Olaortua, 2009, p. 10).

En el mismo sentido, D'augelli et al. (1998) demuestran que las lesbianas reciben amenazas de agresión física más frecuentemente que los gays, y que de hecho son víctimas de dichas agresiones en mayor proporción; en cuanto a los gays, son los hermanos varones los que más frecuentemente les amenazan y agreden (p. 366).

No confirmar el deseo no heterosexual constituye una de las principales estrategias de autoprotección de lesbianas, gays y bisexuales, es decir, lo que conocemos popularmente como mantenerse dentro del clóset como forma de encubrimiento de aquello que se considera “incorrecto” a ojos de otros. Ciertamente muchas son las personas que se ven obligadas a esconder sus deseos para no sufrir el peso del rechazo y el castigo.

Como apuntan Malterud y Bjorkman (2016):

Aunque el clóset proporcione un alivio a la hora de esconder la orientación sexual en el entorno social, también genera opresión al restringir y disociar la identidad, la sexualidad y el género entre el ámbito público y el privado (...) sin embargo, no hay una diferenciación clara entre lo que público y privado significa. (p. 2)

Así pues, para estos autores las estrategias de afrontamiento de las personas que optan por no salir del clóset “son variadas e incluyen la negación, la evitación y la ambigüedad ante las preguntas (...) como ocultar el género de la pareja en las conversaciones” (p. 1). Además, estas personas “llevan a cabo una ocultación selectiva, dependiendo del contexto en el que se encuentren” (p. 2).

Mantenerse en el clóset es una opción que puede tomar formas muy variadas, y el hecho de que las personas decidan ocultar su condición en función del contexto, hace que estar en el clóset pueda ser considerado como un acto contextual y situacional, no tanto como una opción rígida que implique estar completamente fuera o dentro (Malterud y Bjorkman, 2016). Es decir, la diversidad de estrategias adoptadas por lesbianas, homosexuales y bisexuales hace que la opción del clóset deba valorarse dentro de un continuum, en una escala dimensional, y no en una división categórica.

Algunos autores también han descrito el llamado “clóset de familia”, que es la situación en la que los miembros de la familia ya conocen la nueva orientación del hijo, pero rehúsan aceptar las consecuencias de que éste haya salido del clóset, hecho que tiene un impacto negativo tanto para las y los hijos como para los familiares (Švab y Kuhar, 2014).

Las lesbianas y mujeres bisexuales están expuestas a un mayor rechazo por parte de la familia, como consecuencia de la conjugación del sexismo y la lesbofobia. Tal como reconocen mujeres lesbianas, según Blandón, Arévalo y González (2015) existen: “diferencias en los tipos de discriminación que se ejerce contra homosexuales y lesbianas a partir de las jerarquías de género que otorgan ciertos privilegios aun a los hombres que transgreden la heteronorma”. (p.38)

En el mismo sentido, Blandón, Arévalo y González (2015) señalan que:

Algunos activistas gays reconocen el disfrute de ciertos privilegios de poder en razón de su pertenencia al género masculino (...) las lesbianas se saben discriminadas aun antes de asumirse como tales, en cambio los homosexuales aun cuando subvierten la heteronorma, pueden preservar ciertos privilegios en dependencia de diversos factores objetivos y subjetivos, en donde “ser hombre” ocupa un lugar relevante. (p.48)

De acuerdo con los relatos de lesbianas, gays y bisexuales que han participado en los procesos de reflexión que promueve La Corriente y otras organizaciones feministas y de la diversidad sexual, en Nicaragua abundan las historias de rechazo y de violencia que ocurren en el seno de las familias. De hecho, los resultados del presente estudio confirman esta dolorosa realidad que constituye la base de la homolesbofobia internalizada y con ello el incremento de la vulnerabilidad frente a múltiples expresiones de discriminación en el espacio público.

La homofobia legalizada

En Nicaragua la sodomía constituyó un delito contenido en el Código Penal vigente hasta el año 2008, fecha en que fue eliminado de la norma jurídica, junto con la penalización absoluta del aborto.

Si bien en la historia de Nicaragua no se conocen datos fidedignos que permitan confirmar el nivel de rigurosidad en la aplicación de la norma legal que penaliza las relaciones entre personas del mismo sexo por parte de las instituciones policiales, su vigencia sirvió para justificar la violencia y discriminación de la que han sido víctimas homosexuales, lesbianas, travestis y personas trans de los sectores más pobres de la población, que también suelen ser los más visibles y los más expuestos al escarnio público.

Algunas investigadoras como Victoria González y Karen Kampwirth en el marco de la investigación sobre la historia de la diversidad sexual en Nicaragua, cuyos adelantos fueron presentados por las investigadoras en Nicaragua (2015) han documentado la existencia de lugares emblemáticos en la Managua de la década de los 50 y 60, en donde se reunían homosexuales connotados de diversas procedencias, quienes eventualmente podían socializar con miembros de la dictadura somocista en un ambiente festivo y tolerante.

Durante la década de los 80 y en pleno proceso revolucionario, el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN), movimiento guerrillero devenido en partido político en control del Estado, desarrolló una especie de “discreta” persecución en contra de lesbianas y homosexuales que pretendían crear espacios propios de encuentro, bajo el argumento de que constituían un peligro para la unidad revolucionaria, idea que también se aplicaba para las organizaciones de mujeres que pretendían colocar ciertas demandas feministas en la agenda revolucionaria, tales como las relativas a la violencia machista, la maternidad voluntaria y el aborto.

Particularmente en el caso de las lesbianas militantes del FSLN, fueron víctimas de abiertos actos de hostilidad y discriminación por parte de algunos dirigentes del partido, lo que en algunos casos incluyó la prohibición de reunirse, interrogatorios a algunas lesbianas visibles, ciertas prácticas de “destierro” político a lesbianas que ocupaban cargos de dirección en las estructuras del partido y fomento de prácticas de delación ante a las estructuras partidarias. Tales prácticas resultaban particularmente expresivas tratándose de una vanguardia revolucionaria que se suponía crítica y transgresora de la moral sexual cristiana, lo que por otro lado constituyó uno de los principales ejes de conflicto de las organizaciones revolucionarias con la jerarquía católica.

La persistencia de una cultura profundamente homo-lesbofóbica explica por un lado las estrategias de encubrimiento que llevaron a cabo lesbianas y homosexuales afines a la revolución sandinista y por el otro, la dificultad de crear colectivos visibles que politizaran la disidencia sexual.

Durante el periodo comprendido entre 1990-2016, si bien se mantuvieron inalterables las normas jurídicas que penalizan las relaciones entre personas del mismo sexo y las políticas de invisibilización de las sexualidades disidentes, se constituyeron diversas

organizaciones de lesbianas y homosexuales que en alianza con organizaciones feministas colocaron en el debate público la demanda de derogar el artículo 204 del código penal que tipificaba las relaciones entre personas del mismo sexo como delito de “sodomía”. Estas organizaciones desarrollaron particularmente en la primera mitad de la década de los 90, campañas públicas de sensibilización encaminadas a cuestionar la homo-lesbofobia y colocar la sexualidad en el ámbito de los derechos humanos.

Los esfuerzos realizados por organizaciones de lesbianas y homosexuales en alianza con algunas organizaciones feministas, se vieron apuntalados en años posteriores por la preocupación creciente de las Naciones Unidas ante la pandemia del VIH-Sida. Este escenario regional constituyó un factor positivo para el surgimiento de nuevas formas de organización de lesbianas, homosexuales, travestis y personas trans, que les coloca en el escenario público como sujetos emergentes reconocidos por el Estado como interlocutores, si bien en los estrechos márgenes que suponen las políticas de prevención de las enfermedades de transmisión sexual.

La centralidad de los derechos sexuales y reproductivos en las agendas de las organizaciones feministas y la emergencia de nuevos colectivos LGBT a partir de la década de los 2000, constituyen factores relevantes para el reconocimiento y comprensión de los itinerarios discursivos que cuestionan el mandato heterosexual y demandan reconocimiento a todas las formas de expresión de la sexualidad englobado en el concepto de diversidad.

Durante la última década tanto las organizaciones feministas que defienden los derechos sexuales y reproductivos como el así llamado movimiento de diversidad sexual, han enfrentado particulares desafíos en un contexto en donde se conjugan una mayor visibilidad de los colectivos que politizan la disidencia sexual y el recrudecimiento de los fundamentalismos religiosos presentes en los espacios privados y públicos incluyendo al Estado.

A lo largo de dicho periodo, el gobierno del FSLN en control del Estado por un lado ha llevado a cabo algunos gestos que sugieren apertura al reconocimiento de derechos de las personas LGBT (creación de la Procuraduría de la Diversidad Sexual, aprobación de la normativa que prohíbe la discriminación en los servicios públicos de salud, apoyo a los concursos de belleza promovidos por colectivos trans). Sin embargo, el poder legislativo aprobó en el año 2012 un nuevo Código de Familia que homologa el concepto de familia con el de matrimonio heterosexual y excluye a homosexuales, lesbianas y personas trans de cualquier posibilidad de constituir parejas y familias reconocidas por el Estado.

La ofensiva de los fundamentalismos religiosos que tienen como sus principales protagonistas a las jerarquías católicas y multiplicidad de iglesias evangélicas, y la ausencia de políticas públicas que reconozcan los derechos de las personas LGBT, configuran un escenario propicio para la exclusión y la violencia.

Diversos estudios realizados por organizaciones feministas y de diversidad sexual, demuestran la gravedad y sistematicidad de la violencia y discriminación que sufren

lesbianas, homosexuales, bisexuales y trans en todos los ámbitos de la vida, incluyendo áreas como educación, salud, empleo y seguridad ciudadana. Tales expresiones de discriminación tienen un marcado sesgo no solo de género, sino de etnia y de clase, de tal manera que son las y los pobres, indígenas y afrodescendientes quienes soportan los mayores niveles de violencia y exclusión.

El análisis contextualizado sobre las políticas de exclusión que afectan a lesbianas, homosexuales y bisexuales, y el predominio de imaginarios sociales que reproducen el rechazo a lesbianas, homosexuales, bisexuales, travestis, trans, intersex, son factores que deben ser tomados en consideración para analizar la complejidad de las dinámicas de las familias en los procesos de rechazo/aceptación de aquellas personas que encarnan la disidencia sexual.

Tanto las organizaciones feministas como los colectivos LGTBI nos enfrentamos al desafío común de construir nuevos relatos que contribuyan a que madres, padres, hermanos, hermanas, amigos y amigas, cuenten con elementos de análisis que les permitan enfrentar sus propios miedos y avanzar hacia la aceptación de otras expresiones de la sexualidad que subvierten el mandato heterosexual.

IV. PRINCIPALES HALLAZGOS

4.1 Experiencias de discriminación

Los padres, madres o hermanos de lesbianas, gays y bisexuales (LGB) que participaron en el estudio, se enfrentan a sus propios temores sobre todo en el proceso de tratar de entender por qué sus hijos son “diferentes”. Estos miedos se ven agravados por el temor al “qué dirán”, es decir, a posibles reacciones de rechazo y hasta de violencia extrema por parte de gente conocida y desconocida.

Algunas de las personas consultadas –en su mayoría mujeres madres- anteponen el afecto por sus hijos e hijas, pero sienten una enorme preocupación por su bienestar. El miedo a que la gente conocida reaccione mal, a que contraigan enfermedades de transmisión sexual, o a posibles actos de discriminación y de violencia, forman parte de los temores que expresan la totalidad de familiares que participaron en el estudio.

El miedo frente a las propias dudas y las posibles reacciones negativas de otras personas que experimentan familiares de homosexuales y lesbianas, se puede resumir en las siguientes citas:

“Sentía una angustia; no sé si me daba miedo que el resto lo supiera. A los 14-15 años no sabía qué era. Cómo llevarlo. Puede ser temor al qué dirán... Temor a que lo maltraten... Mi madre lloraba “por lo que ha sufrido y lo que sufrirá; le da miedo que la gente lo note y lo agrede. No quiere que sufra eso”. (Hermano de homosexual)

“Temor a agresiones verbales, físicas, y muertes, porque las ha habido (...) En las familias hay miedo al qué dirán; los compañeros de trabajo, la vecina, la tía, etc., porque va ligado a la violencia. Al qué dirán generalizado, de nosotros, de nuestros hijos, etc.” (Padre de lesbiana)

“El principal temor y dificultad es la homofobia; a agresiones. Uno ve las noticias... Los queman o las violan... El temor de madre nunca desaparece... Es duro porque somos un país tercermundista, por los mismos comentarios, incluso la familia no lo acepta, como que es una aberración (...) El rechazo es por la sociedad, machismo, misoginia, el hecho que sea una mujer con una preferencia sexual diferente”. (Madre de una lesbiana)

El peso de las religiones en el rechazo que las familias muestran hacia lesbianas, homosexuales y bisexuales también es reconocida por algunas de nuestras entrevistadas: *“Eso es lo que mata a las familias, que destruyen a los hijos. A veces es por la religión, si la familia es católica, o evangélica, que nos tiene acostumbrados a hombre con mujer”. (Madre de una lesbiana)*

El clóset representa para muchos homosexuales, lesbianas y bisexuales, la única manera de tratar de evitar el rechazo –e incluso la expulsión- por parte de sus familias, las cuales en muchos casos representan un espacio afectivo y también de satisfacción de necesidades materiales, sobre todo en determinadas etapas de la vida en que no somos autosuficientes.

Decir o no decir explícitamente si se es lesbiana, gay o bisexual, es uno de los dilemas a los que se enfrentan las personas con orientaciones distintas a la norma heterosexual.

Si bien como reconocen las personas entrevistadas quisieran poder nombrarlo abiertamente, los silencios en las familias no facilitan diálogos sinceros y por el contrario generan un mayor temor a ser objeto de juicios morales que los coloquen en el lugar de la vergüenza, del pecado y de la culpa.

En el seno de las familias las reacciones pueden ser variadas, después de un primer momento de asombro y desconcierto, frecuentemente se expresan actitudes de abierto rechazo o incluso de agresión física y verbal; en las experiencias más positivas, algunos familiares pueden transitar con mayor o menor dificultad hacia actitudes de comprensión y apoyo.

En opinión de algunas de las personas entrevistadas que están dentro del clóset al menos en algunos espacios, las madres han sido más duras en las críticas y agresiones a sus hijos e hijas; ello resulta comprensible, si tomamos en cuenta el papel que se les asigna a las mujeres como guardianas del orden heterosexual.

Las siguientes citas resultan elocuentes de las dificultades que enfrentan las madres para aceptar hijos homosexuales o lesbianas:

“A los 19 años, cuando le dije a mi mamá que me iba a vivir con mi novia, me fajeó... Fuerte. Nunca volví a decirle nada”. (Lesbiana urbana, 23 años)

“Mi mamá ha dicho que si uno de sus hijos o hijas es homosexual o lesbiana, lo corre de su casa para no avergonzarse”. (Lesbiana urbana, 23 años)

Para esta última joven entrevistada, el significado que le da al hecho de que la “corran de la casa” es también “(...) sacarte del núcleo, es cortar relaciones afectivas y de comunicación con la gente de tu sangre. (...) Y uno necesita sentirse parte de algo”.

Uno de los entrevistados comenta la reacción de su madre ante el hecho de tener un hijo homosexual y una hija lesbiana:

“Mi mamá cuando se enteró, nos corrió de la casa. Dijo que ella no iba a tener cochones en su casa... A mi hermana que es lesbiana, le dijo: Prefiero una hija puta que cochona”. (Homosexual urbano, 44 años)

El peso que las ideas cristianas tienen sobre la sexualidad, influyen de manera determinante en las reacciones de rechazo de madres y otros familiares, siendo un recurso fácil y absoluto para calificar la homosexualidad, el lesbianismo y la bisexualidad como aberración, como expresión del mal o como pecado:

“Hay familiares que dicen que es un demonio que se nos ha metido”. (Lesbiana rural, 20 años)

“No quiero tener una hija así, ¡válgame Dios! En la Biblia está que Dios dejó al hombre y a la mujer”. (Lesbiana rural, 20 años)

“Mi mamá me dice que me va a llevar con el cura, para que me cure”. (Homosexual urbano, 25 años)

“A mi mamá nunca se lo he dicho, no me atrevo porque mi mamá es muy conservadora y muy religiosa. Todo lo ve mal”. (Bisexual urbana, 21 años)

Las valoraciones que realizan las personas entrevistadas en relación a la actitud de los padres, varían desde la aceptación hasta las agresiones, pasando por la negación y el silencio. Es significativa la asociación que en las experiencias relatadas, los padres hacen del hecho de ser “hombre” con la demostración de fuerza física y lo contrario para la homosexualidad:

“Mi papá de alguna forma trataba de hacerme hombre. Me ponía a hacer trabajos forzados, ‘para que te hagás hombre’... (...) Me hizo excavar todo el patio de mi casa para sembrar grama... (...) después de dos metros, ya no aguantaba, mi mamá intercedió por mí para que alguien lo hiciera. Tuvieron una discusión, porque nunca me iba a hacer hombre, yo me di cuenta que mi papá rechazaba lo que era, me deprimí y me puse muy triste, intenté suicidarme, me tomé las pastillas para la presión de mi mamá, pero no hizo efecto... Y nunca hizo un comentario homofóbico, pero era un tema que no le gustaba. Nunca presenté a alguien.” (Homosexual urbano, 44 años)

Al menos en las experiencias analizadas en el presente estudio, pareciera que hay diferencias en cómo los padres (hombres) afrontan el hecho de tener un hijo gay o una hija lesbiana. En este último caso, se presentan reacciones que van desde la duda e intenciones de cambiarla mediante terapia, hasta la pronta aceptación:

“Hace dos años hablé con mi papá, su reacción me dejó asombrado, me dijo ‘Qué genial’ y me pidió hablar con mi mamá”. (Homosexual urbano, 25 años)

“Él me preguntó: ‘¿Estás lesbiana?’, como que fuera temporal. ‘Estar’ es una cosa transitoria... (...) Me quedé pálida y lloré, y le dije que sí. Se puso pálido, sudaba, se le veían los ojos más claritos. Se sentó y me dijo ‘ya lo sabía por tus amigas que traes a la casa’-mis novias-. Me preguntó que si me violaron, que si me tocaron, que si alguien me obligó, que si era por el divorcio de mis padres... (...) Él quiso curarme. Él no es religioso y se le ocurrió con su esposa que fuéramos al psicólogo de la iglesia. Le dije que no... (...), fuimos a un psiquiatra que yo elegí”. (Lesbiana urbana, 23 años)

De acuerdo con lo que señalan las personas entrevistadas, hermanos, hermanas, tías y otros familiares también tienen un papel relevante en las experiencias de rechazo y discriminación, pero también de aceptación y apoyo en algunos casos:

“Nuestro hermano mayor era muy homofóbico, fue él el que les dijo a mis padres... Y hasta la fecha hace comentarios muy homofóbicos. Hoy lo acepta, pero no le gusta. Con mi otro hermano, nunca hubo conflicto, lo tomó con una naturalidad como si nada”. (Homosexual urbano, 44 años)

“Mi familia ya no me quiere, si me he ganado a mi hermana es por las cosas que he hecho... Me decían que yo soy el diablo”. (Lesbiana de la Costa Caribe, 27 años)

“Lo más difícil ha sido lidiar con una tía que decía que ella –la madre- nos tuvo a mí y mis hermanas como compromiso, que no nos quería tener”. (Hija de madre lesbiana, rural)

La imposición de modelos de “feminidad” parece ser una de las funciones que desempeñan las hermanas mayores de la familia:

“Antes me obligaban a vestir como ellas querían. Cuando regresé de Matagalpa me tiraron toda mi ropa, porque iba a ser una señorita”. (Bisexual urbana, 21 años)

(...) A mí de pequeña no me gustaba salir de la casa, porque mi actitud era de varón, me daba miedo la gente, que me gritaran...”. (Hija de madre lesbiana, rural)

En el mismo sentido, la imposición de determinados patrones de masculinidad constituye parte de las enseñanzas de los padres hacia sus hijos, incluyendo la adopción de determinados gestos corporales y la imposición de relaciones sexuales con mujeres.

“Soy el primogénito y él sentía vergüenza de mostrar ante el pueblo que tenía un hijo homosexual, que él no esperaba tan extrovertido y asumido. Él esperaba que yo me mostrara ante el pueblo como un hombre heterosexual casado”. (Activista urbano, 47 años)

En el mismo sentido uno de los entrevistados señala que su padre vigilaba su forma de manejar el cuerpo: *“camina como un hombre”*, y le intentó llevar con trabajadoras sexuales para demostrar su *“hombría”*. (Homosexual urbano, 24 años)

Tal es la importancia que las sociedades conservadoras le conceden a la orientación sexual, y es en muchas familias que la homosexualidad y el lesbianismo se constituyen en el factor principal para valorar la calidad integral de una persona que se reconoce homosexual o lesbiana. El peso de los prejuicios lleva a algunas personas a calificarlos como depravados sexuales o faltos de autoridad *“moral”*, fomentando con ello un ambiente de desconfianza y/o descalificación:

“Mi tío me pidió que respetara a mis hermanos, como si los fuera a intentar enamorar”. (Homosexual Costa Caribe, 21 años)

“Con mi hermano varón menor tengo algunas diferencias porque mi mamá siempre me ponía de ejemplo y de referente, pero al salir ya me dijo que yo no tenía la moral necesaria para seguir siéndolo ni tener autoridad sobre él.” (Homosexual, urbano, 30 años)

El silencio es reconocido como una forma de negación y de castigo, por medio del cual se impone la autoridad de padres y madres sobre la libertad de las hijas e hijos que subvierten el mandato heterosexual:

“El silencio es una sanción o un castigo para mí... No te doy la libertad de decirlo, mientras vivás en mi techo. El hecho de no reconocerlo es una sanción. El silencio es un castigo, porque el qué dirán a mi mamá y hermana les importa un montón. El qué dirán y el silencio son las sanciones más fuertes por parte de mi mamá y de mi hermana”. (Bisexual urbana, 21 años)

La fuerte asociación que existe entre moral sexual cristiana y familias, asegura la reproducción casi automática del mandato heterosexista. De tal modo, religión y familias conciben la sexualidad como medio para la reproducción, rechazando cualquier otra posibilidad que ponga en primer plano la búsqueda del placer.

Las familias constituyen el espacio legitimado por la sociedad para enseñarnos el conjunto

de normas y prohibiciones relativas a la sexualidad; también tienen la autorización para imponer sanciones y castigos cuando uno de sus integrantes transgrede esos mandatos. De esta manera, las familias son espacios cotidianos y vitales de enseñanza/aprendizaje de las identidades de género en clave binaria y heterosexual.

Las agresiones fuera de la familia

La discriminación que viven lesbianas, gays y bisexuales no solo se da dentro de las familias; está presente en otros espacios de socialización como el barrio, la comunidad, los centros escolares y el trabajo. Las agresiones de todo tipo forman parte de un sistema de control y vigilancia que tiene como objetivo común, defender la heterosexualidad como la única forma posible de vivir la sexualidad, y castigar a todas aquellas personas que se atreven a desobedecer este mandato:

“En mi niñez, era muy afeminado. Se burlaban de mí en la escuela y el vecindario. En un momento, en el colegio era bien introvertido. A pesar de las burlas, yo mismo me autodiscriminé. Yo mismo me dije que no podía pertenecer a esos grupos, casi no tenía amistades con varones.” (Homosexual urbano, 44 años)

“He vivido humillaciones, me han tirado piedras, discriminado en las discos; te quedan viendo y se ríen, discriminación de docentes”. (Homosexual, Costa Caribe, 21 años)

La auto represión y el encubrimiento suelen ser parte de las estrategias desarrolladas por las víctimas de la homolebobifobia, tal como menciona en la siguiente cita uno de los entrevistados con relación a su experiencia en la universidad:

“Me volví popular, líder, me quité varias mariconadas, pero se me notaba, en las borracheras me lo decían. Ellos me daban el espacio para que me expresara, pero no lo dije. Nunca me hicieron preguntas de mujeres. Trataron de no hacerme sentir incómodo”. (Homosexual, urbano, 44 años)

En el caso de las lesbianas entrevistadas, la experiencia de discriminación fuera de la familia tiene una carga de misoginia y machismo que en algunos casos incluye peligros de violencia extrema, como los expresa una joven lesbiana rural entrevistada:

“Los hombres se te acercan y te dicen: ‘qué desperdicio’”

“La gente comenzaba a murmurar cuando caminaba con ella (su novia). Decían: ahí va la pareja de cochonas”

“... Es una maldición, los que son así, se van a ir al infierno”.

“La familia de ella, le dijo (a su novia), que preferían verla muerta antes que verla con otra chica”.

“Lo que vos querés es una violada’, así me dijo un hombre”.

En el caso de la joven entrevistada que tuvo una sola experiencia sexoafectiva con una mujer, aun cuando no lo habló abiertamente, experimentó el peso del rechazo y la discriminación tanto en su centro de trabajo, como con algunas amistades. Esta

experiencia, como no puede ser de otra manera, la marcó de forma significativa.

En general, la discriminación que se da en los centros de trabajo, obliga a lesbianas, gays y bisexuales no solo a ocultarse y vivir con el temor de ser descubiertos, sino a realizar mayores esfuerzos para ser reconocidos en sus capacidades profesionales, sin que la orientación sexual se convierta en obstáculo para ser evaluado en su desempeño:

“Anteponen ser homosexual para evaluarte. Tienes que ser mejor para opacar lo otro”.
(Homosexual urbano, 44 años)

“En el trabajo estoy en un área de machos, escuchás comentarios. Me ha tocado escuchar gente muy intransigente que sí les tiene odio a los homosexuales... A muchos compañeros les he escuchado decir cosas muy ofensivas, con mucho odio y rechazo. Eso me da miedo”. (Homosexual urbano, 44 años)

El apego al mandato heterosexual aprendido desde la infancia y reproducido por diversos medios, lleva a muchas personas adultas a considerar la homosexualidad, el lesbianismo y la bisexualidad como expresiones del pecado y del mal. En tales creencias podemos encontrar la base de la discriminación y la violencia que sufren las personas que subvierten las normas impuestas:

“Sí conozco a otra gente y se agreden a sí mismos, porque sienten que se están traicionando. Porque si sos evangélico, tenés que decir que odiás a los hombres que son homosexuales. Hay muchos que por estar bien con la familia, discriminan a otros/as. Nos han criado tan apegados a la familia que no somos capaces de decirlo. La educación que hay, te hace ser homofóbico o lesbofóbico. La iglesia, porque escuchás que son el diablo”. (Activista bisexual urbana, 21 años)

Por su parte, todas aquellas personas que no encajan en el mandato heterosexual, pueden sentir que sin proponérselo deliberadamente, han cometido una falta “grave” en contra de la integridad y la imagen de “la familia”, una de cuyas fuentes de prestigio es precisamente la de lograr que todos sus miembros se adscriban al régimen heterosexual.

El rechazo y la discriminación de lesbianas, homosexuales y bisexuales también ha estado presente en los partidos políticos de derecha y de izquierda. Como señala el siguiente relato, en la izquierda nicaragüense particularmente el lesbianismo fue objeto de persecución por parte de las estructuras de dirección del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN):

“En esa época, mi identidad, mi razón de ser, era mi militancia en el Frente. Durante los 70, en la lucha contra la dictadura, me cuidé de que no lo supieran, porque me iban a correr. Ya en los 80 en la construcción de la revolución no tanto, y empezaron a discriminarme y a difundir información falsa, hecho que golpeó y me causó gran dolor... Me querían castigar, sin preguntarme, no por mi trabajo sino por mi opción personal. Después hicieron circular un informe por todos los secretarios políticos de la región difundiendo información falsa acerca de mí y otras compañeras... Sentí discriminación y rechazo. Me di cuenta de que no me habían promovido ni dado más altos cargos por mi opción”. (Lesbiana urbana, 62 años)

En el caso de los partidos de derecha, ha sido una constante a lo largo de la historia su rotundo desprecio a homosexuales y lesbianas, lo cual se refleja en su negativa a modificar leyes que penalizan todas aquellas prácticas sexuales diferentes a la heterosexualidad. Las movilizaciones desarrolladas por organizaciones feministas a mediados de la década de los 90 para demandar la derogación del artículo 204 del Código Penal, así como, las más recientes en el marco de la aprobación del nuevo Código de Familia (2012-2013) desarrolladas por organizaciones feministas y de la diversidad sexual, se evidenciaron de manera invariable, los discursos de odio de dirigentes del Partido Liberal Constitucionalista (PLC) con representación parlamentaria.

Estas posturas de los partidos de la izquierda tradicional y la derecha conservadora, no solo ponen en evidencia la marca de los fundamentalismos religiosos en torno a la sexualidad, sino que devela la profunda relación entre sexualidad y poder. De tal suerte, la heterosexualidad constituye uno de los atributos del poder público estructurado a partir de los binarismos de género y el predominio del poder masculino.

Diferencias en la discriminación de gays y lesbianas

Los resultados de la investigación señalan una tendencia doble en el análisis de la discriminación que se ejerce contra gays y lesbianas. Algunas voces entrevistadas consideran que las mujeres lesbianas sufren más discriminación que los gays como consecuencia del machismo y la lesbofobia; otras voces opinan que los hombres sufren con mayor rigor la discriminación, porque el mandato del macho viril en que son socializados los hombres, no les permite transgredir este rasgo duro de la masculinidad hegemónica.

Para quienes consideran que son las lesbianas las que llevan la peor parte en la experiencia de discriminación, los gays a pesar de su homosexualidad siguen disfrutando de ciertos privilegios en tanto hombres, más aun cuando se conjuga el género con la pertenencia a las clases medias:

“Los hombres, aunque sean gays, siempre van a tener el privilegio de ser hombres. A menos que sea una trans. Asumirse gay es más fácil, teniendo en cuenta las diferencias entre clases sociales; un hombre gay de clase media, es más fácil que se pueda independizar y romper con la familia. También tiene más privilegios en la calle que una mujer lesbiana de clase media. Y más aún que una de clase media baja”. (Activista lesbiana urbana, 24 años)

“Por ser mujer siempre te discriminan, y ser lesbiana es como el boom para la sociedad”. (Activista gay urbano, 24 años)

Otras opiniones ponen el énfasis en determinados roles de género que, en lo relativo a la expresión de la afectividad, pueden ser más “permissivos” con las mujeres, pero que pueden representar una mayor desventaja en aquellos casos en que las lesbianas adoptan ciertos comportamientos que se suponen propios de los hombres. Otro elemento que supondría una desventaja particular para las lesbianas en comparación con los gays, es su mayor invisibilidad:

“Por un lado, las lesbianas pueden ir de la mano porque son menos visibles; por otro, si sos mujer ya tienes cuestionamiento, un peso en la sociedad, y si no eres el rol femenino que tiene el mundo masculino de la mujer perfecta, ya es otro estigma. Para mí es más difícil ser lesbiana (...) Claro que como los gays son más visibles siempre se les da su discriminación, pero como la discriminación va basada en el género, ya te catalogan como mujer... Entonces venimos a lo mismo: ser lesbiana es más difícil” (Activista gays urbano, 22 años)

“Las lesbianas somos menos visibles. Aun siendo homosexual, siguen teniendo los mismos privilegios por el mismo hecho de ser hombres. Después entre hombres hay un montón de diferencias dependiendo de qué clase social sos, etc. Se nota en los espacios; son más visibles, tienen más derechos, por ejemplo en el trabajo... Como lesbiana he tenido que esconderlo, en cambio en ellos consideran que igual incluso un homosexual puede ser más sensible, entonces se convierte en un candidato con más oportunidades de trabajo con respecto a las mujeres; dejando de lado las diferencias entre hombres heterosexuales y homosexuales. Yo sigo corriendo más riesgos; uno porque soy mujer, y dos porque soy lesbiana (...) Me pueden decir que lo que pasa es que no he conocido a un hombre. Para los homosexuales el ser más visibles hace que ellos existan, las mujeres no. A los hombres homosexuales no se les cuestiona su paternidad, a las lesbianas sí se nos cuestiona la maternidad, que si somos egoístas, que si tenemos traumas... sí hay más cuestionamiento”. (Activista lesbiana urbana, 32 años)

“Sí hay diferencias. Incluso las agencias les dan más apoyo o financiación a los hombres. Ellos tienen más privilegios como hombres. Considero que nosotras tenemos más dificultades, discriminación, hay que cuidarse más (...) Es como que los riesgos a los que nos enfrentamos las mujeres, como mujeres y como lesbianas, son mayores que los de los homosexuales. Hay que ganar espacios, mayor visibilidad, mayor respeto (...) Depende de dónde te toque vivir o crecer, la violencia es mayor, es más difícil”. (Activista lesbiana urbana, 62 años)

“Si se ven dos mujeres masculinas se asume que andan en una relación; ahora con la moda del lesbianismo si son femeninas se cuestiona si son lesbianas. Los hombres gays han tenido más privilegios; las mujeres hemos sabido comportarnos mucho mejor en un montón de dimensiones. Las lesbianas son más reservadas; los gays y las trans no. Creo que dentro de lo gay, todavía acusan muchos privilegios por ser hombres”. (Activista feminista, 34 años)

“La vivencia de la mujer es más fuerte para mí. Porque sos mujer, la discriminación, y si sos gay, sos negra, sos del campo, sos joven... sos triplemente discriminada. Además, cuando alguien en la comunidad ha sabido que es lesbiana, la intentan violar o la violan. Porque “tiene que experimentar estar con un hombre”. Pero hay un rechazo total por todas esas etiquetas. Y en los hombres gays pienso que también hay discriminación fuerte y cuando se hacen trans femeninos he visto un caso que fue fuerte hasta que intentó colgarse y lo asesinaron. A él la familia y la comunidad lo rechazaban. Es bien doloroso” (Activista feminista, 49 años)

La postura de quienes consideran que los gays son más discriminados, ponen el énfasis en el peso que el mandato de la virilidad propia del machismo, recae con mayor crudeza sobre los hombres que transgreden este mandato y desean a otros hombres. El argumento principal en estos casos hace referencia a los “permisos” que tienen las mujeres en razón de su género para expresarse afectivamente entre sí.

Sin embargo, las siguientes citas hablan más de estrategias de encubrimiento de las lesbianas que eventualmente se ven “favorecidas” por determinados estereotipos de género, más que de la aceptación del deseo lésbico en la sociedad:

“Para los chicos gays es más difícil. Salís de un estereotipo para meterte en otro, que es el de gay femenino. El varón hacía las cosas normales heterosexuales y pierde privilegios al pasar a ser gay, baja al nivel de las mujeres; lo débil, lo malo, lo que no se debe hacer. Aun así depende del contexto y vivencias de cada uno (...) Trans y gays sufren más por ser más visibles (...) A las mujeres las acosan más por el hecho de ser mujer que por su orientación” (Activista gay urbano, 22 años)

“Son más discriminados los hombres. Aquí, en esta sociedad, dos mujeres bailan juntas, pero dos hombres no, nos cuesta. Es el hecho de ser mujer. O dos mujeres van agarradas de la mano y no dicen nada, pero dos hombres agarrados es una bomba” (Activista gay urbano, 21 años)

Por otro lado, la conjugación de la exaltación de los atributos del macho viril, la misoginia (aversión o menosprecio por todo lo que se considere propio de las mujeres) y la homofobia son considerados algunos de los factores que podrían explicar el mayor rechazo de la sociedad a los homosexuales que además presentan ciertos rasgos atribuidos a lo femenino. Se trata de un descenso en la escala social, en la que los hombres heterosexuales se encuentran en la cúspide de las jerarquías sociales, como señalan las siguientes citas:

“Para los hombres es más difícil por el hecho de compararnos con las mujeres. Porque los hombres detestan a las mujeres, y ser homosexual es ir en contra de ser macho (...) Los hombres somos más visibles en todos los lados, también con los transgénero... creo que hay más diversidad de ver al hombre gay que a la mujer. Las mujeres juegan con ser mujer y lesbiana... es bien difícil. Pero la costumbre del vulgareo al hombre es más grande que a la mujer.” (Activista gay urbano, 47 años)

“Pero socialmente para un hombre es más complicado por todos los estereotipos. En la pirámide de poder, decir que eres gay te baja escalas y te pone a la altura de la mujer. El hombre pierde poder. En la calle es más difícil que dos hombres se agarren de la mano, que dos chicas lo hagan... Eso es por la invisibilidad de las lesbianas, se dice que es la prima o la amiga, no hay problema para que dos chicas duerman juntas en la misma cama (...) El problema de los gays tiene que ver con la pérdida de poder” (Activista lesbiana urbana, 26 años)

En resumen, hay quienes afirman que la discriminación hacia las lesbianas se da con mayor dureza a consecuencia del papel subordinado que todas las mujeres tienen en la sociedad, lo cual se ve agravado por la subversión de las mujeres que desean a otras mujeres.

Otras opiniones consideran que los gays sufren con mayor rigor la discriminación ya que para sociedades altamente sexistas que construyen un culto a la imagen del macho viril, un homosexual - más aun si tiene cierto grado de “afeminamiento”- se rebaja al nivel de las mujeres en la jerarquía sexual construida a partir de la heterosexualidad.

La idea de que las mujeres tienen más permisos para expresar afectividad entre ellas, a diferencia de los hombres que se ven privados de tales posibilidades, es considerada por

algunos como ventaja para encubrir las relaciones lésbicas, si bien, ello también abona a su invisibilización.

Es también el género, la clase social, la etnia

En una sociedad altamente jerarquizada como la nuestra, no solo se trata de imponer un modelo sexual reproductivo a hombres y mujeres, sino de conjugar esta forma de discriminación con otros sistemas que articulan la dominación masculina sobre las mujeres, los privilegios de las clases acomodadas y el racismo que coloca a indígenas y afrodescendientes en situaciones de mayor desventaja. Como vemos, las identidades y las formas de opresión que éstas producen, adquieren mayor complejidad y son mayores sus impactos cuando conjugan el género, la etnia, la sexualidad y la clase social.

Varias de las y los activistas que participaron en el estudio, reconocen que la bi-homofobia puede tener impactos más severos cuando se conjuga con la discriminación de clase o étnica.

“Siempre he estado en lucha por los derechos humanos de la comunidad LGBT, porque lo que yo viví, yo no quiero que otra mujer negra o miskita lo viva”. (Activista lesbiana urbana, 27 años)

“Por ejemplo, en el campo, las mujeres difícilmente expresan que son lesbianas, tienes que ser una mujer de armas tomar, pero si no, es difícil, por los costos y los riesgos que eso tiene. Pero para otras ha sido un proceso mucho más difícil. Muy duro.” (Activista lesbiana urbana, 62 años)

En sentido contrario se reconoce que factores de prestigio como tener una profesión, tener casa propia o relacionarte con gente de clase media en la comunidad, contribuye a reducir el peso de la discriminación:

“En el pueblo también me ha ayudado el ser un profesional, me cambió la vida; la gente no me ve como el homosexual que era antes, sino un profesional homosexual. Me respetan. En el barrio, el hecho de haber comprado una casa es diferente; es un tema de clase y de estatus, se mezclan muchas cosas. Entonces, es el profesional, que tiene una casa, un estatus, y que vive bien. No rico, pero digno, en un reparto, con mi casita y con mis plantas (...) También, mi familia tiene un estatus social en el pueblo, vivimos frente al parque central. Eso significa que tienes un plus para que la otra gente te acepte, porque he tenido la oportunidad de relacionarme con la gente de la clase alta del pueblo, y que me vean de diferente manera y me respeten. Para que te acepten es más fácil porque llevas estatus, apellido y profesión, y puedes acceder a un montón de espacios” (Activista gay urbano, 47 años)

4.2 Consecuencias de la discriminación

El miedo que nunca termina

Las consecuencias que la discriminación tiene en la vida de lesbianas, homosexuales y bisexuales van desde el ocultamiento y el miedo latente a sufrir algún tipo de agresión, hasta los intentos de suicidio, pasando por algún tipo de adicciones como válvula de escape; limitando de esta manera la posibilidad de construir imágenes positivas de sí mismos, desde donde poder desarrollar formas fluidas y seguras de comunicación con las personas que forman parte de los entornos cotidianos.

En contextos en donde predomina el silencio, la hostilidad, el rechazo y la discriminación, el “clóset” se convierte en una camisa de fuerza y al mismo tiempo en una forma de autoprotección:

“Perdés más al estar en el clóset. No te das permiso de ser libre y de ser quien sos. Tenés temor de que vas a perder oportunidades de trabajo. Pero eso lo hemos sobredimensionado. He escuchado chistes homofóbicos, no dirigidos a mí, a veces reacciono y también cuando hablan, yo lo hago (defender) pero desde fuera”. (Homosexual urbano, 44 años)

“Hay un temor que vayan a cambiar en la forma de tratarme, que mis amigos o amigas piensen que no voy a ser igual porque decidí ser bisexual”. (Bisexual urbana, 21 años)

“Estar en el clóset en todos los espacios”. (Homosexual urbano, 25 años)

A pesar de haber afrontado los miedos, salir del clóset y hacer activismo en defensa de los derechos de las personas LGBT, las y los activistas reconocen la persistencia de los temores frente a las múltiples posibilidades de sufrir rechazo y discriminación:

“Yo me decía que me atraían mujeres pero que podría tener alguna relación con un hombre... Hasta que tuve que aceptar qué es lo que realmente quería. Decirme lesbiana. Y esa palabra da miedo. Entonces para mí, asumirlo era afrontar el miedo”. (Activista lesbiana urbana, 32 años)

“El proceso personal de aceptación ha sido fuerte, marcado por el miedo, miedo al desprecio, pero lo he logrado caminando de manera positiva y aceptando he logrado superarlo, a pesar del miedo... creo que el miedo nunca termina”. (Activista homosexual urbano, 47 años)

La imposición del silencio

Ante la imposibilidad de hacer desaparecer la presencia de homosexuales, lesbianas, bisexuales y otros cuerpos que trastocan de alguna manera los binarismos de género, incluyendo la heterosexualidad como norma, tanto en las dinámicas familiares como en los espacios públicos, estos cuerpos disidentes son obligados a fingir que encajan en el modelo sexual dominante, lo que se debe traducir en prácticas de encubrimiento y de negación.

Nombrarse o mostrarse “diferente” a lo que se supone que son las personas heterosexuales, es considerado como un riesgo, como una alteración del orden familiar, pero también como una “falta de respeto”, consideración que lleva implícito un sentimiento de culpa por no respetar la moral sexual dominante, como señalan las siguientes citas:

“Crear una barrera mía para no tener comunicación con muchas personas. En mi trabajo igual. El respeto es algo que se debe mantener siempre”. (Homosexual urbano, 25 años)

“No puedes andar pregonando lo que sos, porque eso solo te importa a vos. No todo mundo tiene que saber qué haces. Hay cosas que tenés que manejarlo con discreción. La discreción me ha permitido no tener problemas con él (un tío) o en el trabajo o en la familia”. (Homosexual urbano, 25 años)

Asumir este mandato de silencio para no afectar las relaciones con la familia, con las amistades o las relaciones laborales, constituye una de las principales estrategias desarrolladas por homosexuales, lesbianas y bisexuales para evitar ser expulsado del orden familiar o laboral y ser aceptado aunque sea pagando el alto costo de negar o encubrir un aspecto tan relevante en la vida de las personas como es la orientación sexual.

El no reconocimiento y el rechazo abierto a las relaciones de pareja homosexuales o lésbicas es otra de las dimensiones de la discriminación en las familias, como señalan las siguientes citas:

“Mi familia es una familia conservadora. Tener una pareja dentro de la casa, no se podía, era una regla. Me hubiera gustado poder presentarles a mi pareja de ese momento. Poder hablar abiertamente”. (Homosexual urbano, 44 años)

“En mi casa materna no hay negociaciones explícitas, pero con mi última novia había mala cara, no nos dejaban solas en mi casa, hay reglas implícitas que no puedes romper... En casa de mi papa, mis novias siempre se quedan a dormir como amigas” (Lesbiana urbana, 23 años).

Para muchos padres y madres la principal preocupación de tener una hija lesbiana o un hijo homosexual, radica en la posible pérdida de prestigio personal ante la comunidad, en las iglesias, en los ambientes profesionales, empresariales y políticos:

“Mi papa me dijo: ‘tenés que cuidarte y cuidarme a mí, porque si un amigo ve tus redes sociales tenés que tener cuidado porque me puedes dañar a mí. Pasamos de un plano cuidate vos, a un plano de ‘no quiero que me afectés’.” (Lesbiana urbana, 23 años).

Esta misma entrevistada reconoce la infelicidad que provoca el rechazo de la familia y la imposición del silencio como forma de preservación del modelo heterosexual: “Uno nunca espera que la familia no te quiera por algo que es tuyo”.

También en los ambientes laborales el silencio, la comunicación evasiva, las mentiras, la adopción de roles viriles como rasgo predominante de la masculinidad y evitar la socialización con hombres fuera de los ambientes laborales, son parte de las estrategias desarrolladas por algunos homosexuales para protegerse de las agresiones homofóbicas:

“Prácticamente te volvés un ser asexual, nunca hablás de una novia, evitás temas sexuales. He obviado cosas. Me han preguntado que si he tenido novia, he mentido, alguna vez dije que tenía novia. Cuando te quieren presentar a alguien, no propicio el encuentro, ni doy muestras de interés. Sé que hacen comentarios a mis espaldas. Me cuesta relacionarme con hombres heterosexuales para compartir en espacios después del trabajo. Evito eso, porque sé que van a empezar a hablar de mujeres o buscar putas”. (Homosexual urbano, 44 años)

“La discreción me ha permitido no tener problemas con él (un tío), o en el trabajo o en la familia” (Homosexual 25 años, urbano)

En el caso de las lesbianas se replican estrategias de silencio y encubrimiento que en el peor de los casos las han obligado a sostener relaciones de noviazgo con hombres para evitar la discriminación:

“He tenido que aceptar hombres para que mi familia diga: no es cierto lo que dice la gente. He andado con hombres para disimularlo. Mi forma de vestir, que la gente me vea femenina, para que se despisten”. (Lesbiana rural, 20 años)

“Después de esa relación (con una mujer) tuve que salir con un hombre para poder decir a las familias “todo está bien”, pero no era que yo quisiera salir con esa persona” (Activista feminista urbana, 31 años)

El silencio como mandato para no ser expulsado de las familias y de otros ámbitos de socialización, constituye la principal violencia simbólica que se ejerce en contra de las personas que encarnan la disidencia sexual. Se trata de una forma de negación y de rechazo que tiene consecuencias negativas para quienes la padecen:

“Pierdo mucho, pierdo libertad. No gano nada en el clóset. Pierdo más porque es como quitarme algo de mí, es con lo que convivo.”. (Bisexual urbana, 21 años)

El silencio que se impone en las familias es una manera de mantener la homosexualidad, el lesbianismo y la bisexualidad, en los márgenes de lo que la sociedad considera normal; una forma de protección de las familias frente a las críticas de la gente; y una forma de autoprotección de homosexuales, lesbianas y bisexuales en contextos hostiles.

Salir del clóset o que te saquen

Si bien hay experiencias variadas en el conjunto de personas que participaron en el estudio, la mayoría de activistas que salieron del clóset dentro de sus familias, coinciden en el hecho de haber buscado apoyos en sus procesos de autoaceptación con las amistades más cercanas para luego hablar con familiares.

“La principal aceptación es la de nosotros mismos, pero la familia es un obstáculo (...) (Activista gay urbano, 22 años)

“Las mamás no van a cambiar de la noche a la mañana, pero lo primero además de la aceptación de la misma persona, es la aceptación familiar. Es súper fundamental que la familia te apoye. O tus amistades más cercanas”. (Activista lesbiana urbana, 49 años)

A veces las personas que “sacan del armario” a lesbianas, gays y bisexuales son hermanos, vecinos del barrio, la asistente del hogar. Especialmente quienes han sufrido más rechazo por parte de familiares, fueron “descubiertos” o delatados por otros miembros de la familia:

“Salí a los 17, una prima me delató. Mi padre quiso pegarme. Me corrieron de la casa. Con mi hermano mal; él cumple el estereotipo masculino”. (Activista gay urbano, 24 años)

“¿Es cierto que eres lesbiana? Pues ahora te voy a querer más, porque las víboras de tus hermanas querían que te corriera, pero no te voy a correr, porque si yo te doy la calle, ¿quién más te va a querer?”. (Activista lesbiana, 24 años)

Vivir el proceso de salida del clóset también les ha permitido construir amistades muy profundas, a menudo con personas que también han pasado por estos procesos de autoaceptación y politización de la disidencia sexual, puesto que comparten procesos de reflexión muy íntimos y dolorosos:

“Pero esa dificultad se convierte en una oportunidad para acercarte a personas con quien compartir un espacio más seguro para hablar de tu vida. Ganas otras amistades y otros lugares más seguros”. (Activista lesbiana urbana, 49 años)

“No es tan fácil porque sabes que hay gente que te va a rechazar y discriminar. Para mí lo bueno era saber que a la gente que me acepta y me quiere tal como soy, no tengo por qué darles ninguna explicación ni defenderme de nada. Quien me quiere me va a aceptar como soy, si no, no me quiere realmente. Creo que eso es lo importante”. (Activista lesbiana urbana, 62 años)

“Hemos ganado espacios como diversidad sexual, pero perdido en la sociedad; la gente empieza a estigmatizar, apuntar y faltar al respeto. Aunque personalmente lo veo como una ganancia; como un motor que te motiva y te impulsa a seguir mejorando y fortaleciendo tus habilidades para tomar con más fuerza tus metas y propósitos para continuar en esta lucha (...). El señalamiento es una oportunidad para desarrollar fortalezas”. (Activista homosexual urbano, 30 años)

Estar dentro y fuera del clóset como estrategia de autoprotección

Salir del clóset o salir del armario como comúnmente se le llama al proceso de reconocerse explícitamente como una persona gay, lesbiana o bisexual, requiere no solo de una alta dosis de rebeldía personal, sino de determinados contextos que proporcionen algunos factores de protección. Aunque en muchos casos la declaración explícita puede darse en situaciones de desesperación o extrema presión, en general están precedidos por largos periodos de cavilación en los que se sopesan las correlaciones entre pérdidas y ganancias.

Si bien las y los activistas consideran imprescindible defender públicamente los derechos de personas LBG ante cualquier ataque o actitud discriminatoria por parte de terceras personas, reconocen explícitamente su orientación sexual o la omiten, dependiendo del balance de costo/beneficio que ello les pueda proporcionar.

Para quienes han salido del clóset al menos en algunos espacios, el acto de reconocerse públicamente les ha permitido convertirse en referentes para otras personas, así como tener una determinada incidencia en el espacio público:

“He salido a la calle, he dado entrevistas, he ido a marchas, siempre estoy defendiendo, hablando de mi experiencia y mi vida homosexual. Me considero activista personal (...) no como activista organizado, pero sí como activista independiente que retoma muchas luchas de los movimientos sociales de este país”. (Activista homosexual urbano, 47 años)

“Al hacerlo público te expones a que te digan: “Mirá, ahí va el cochoncito de la cuadra”, pero antes me lo decían porque me quedaba callado; ahora no, porque me defienden, les hablo de leyes y de no discriminación. Ahora se callan ellos y yo lo digo”. (Activista homosexual urbano, 24 años)

“En la familia el tema está ahí, se sabe, pero sin nombrarlo (...) en la universidad ya soy un punto de referencia porque estoy en las organizaciones LGBT”. (Homosexual urbano, 24 años)

En algunos casos, existe una relación entre el permanecer en el clóset en el ámbito familiar y la dependencia económica:

“Yo tengo la suerte que tengo una familia que me acepta y me quiere, y he tenido independencia económica”. (Activista homosexual urbano, 47 años)

Especialmente en el caso de las lesbianas, se manifiesta una clara necesidad de visibilizarse. La mayoría de activistas consideran que las lesbianas están en clara situación de desventaja en relación con otras personas, incluso en relación con los hombres gays:

“El saber que decirlo o no decirlo puede ser también una estrategia política para mí, como una forma de visibilizar mi existencia y la existencia de otras mujeres, que hasta ahora ha sido como anulada. Por ejemplo, lo del cartel (Se trata de un cartel que dice: “Lesbiana visible”), yo no lo digo como parte de mi presentación aunque en el trabajo sí tengo mi propio cartelito, y no lo puse como un adorno más, tiene una intención y es una acción política. Es una forma de decir que dentro de las heterosexuales que hay aquí, hay una que no lo es. Y cuenta como ciudadana. El objetivo de tener el cartelito ahí tiene un sentido para mí, y eso lo aprendí en el feminismo; que soy una ciudadana, que no soy diferente, que me siento igual, tengo los mismos derechos y responsabilidades que los demás. Que me merezco ser yo y ser vista. Si es necesario poner el cartel lo pongo”. (Activista lesbiana urbana, 32 años)

“Yo no vivo con una bandera, pero lo digo donde haya que decirlo” (Activista lesbiana urbana, 62 años)

“Nada me detiene. La discriminación sé combatirla”. (Activista lesbiana rural, 24 años)

“El volverte pública te da mucha energía, y hace que otras personas también lo hagan”. (Activista lesbiana urbana, 26 años)

La dependencia económica agranda el clóset

La sexualidad de los hijos e hijas homosexuales, bisexuales y lesbianas constituyen con mucha frecuencia una problemática carta de negociación de padres y madres, quienes en un intento de evitar lo que consideran una grave transgresión pueden llegar a amenazarles con suspender todo apoyo económico en caso que no acepten someterse al mandato heterosexual. Ello es particularmente problemático para jóvenes que no cuentan con posibilidades de sostenerse de forma autónoma. De tal manera, la dependencia económica que homosexuales, lesbianas y bisexuales tienen con sus progenitores, constituye uno de los factores señalados para permanecer dentro del clóset en los ámbitos familiares; en la otra cara de la moneda, haber logrado independencia económica es considerado como una ventaja para demandar respeto a la propia orientación sexual:

“Muchos jóvenes de este país tienen miedo a salir del clóset por dependencia económica de la familia, la dependencia hace que no sean libres, hay miedo a que los padres te corten los alimentos... En la universidad se comportan de una manera pero en su casa de otra. En cambio hay otros estudiantes que son muy libres porque los aceptan en su casa. Y la gran mayoría no son aceptados, entonces viven escondiendo su homosexualidad, pero cuando salen de la universidad, consiguen un trabajo y logran salir del clóset”. (Activista urbano, 47 años)

“Siempre me ha tocado trabajar, entonces nunca he estado con esa dependencia respecto a mis padres, eso me dio mayor valor. Pensé que si reaccionaban de mala manera, yo tenía como salir adelante”. (Homosexual urbano, 27 años)

“Si yo hubiese dependido de lo que mi mamá hubiese hecho, yo me habría sometido a todo lo que me impusiera, pero como en ese momento yo era autónomo y vivía de lo que yo trabajaba y realizaba, entonces ellos tenían que respetarme porque yo era la persona que estaba apoyando en la casa. Y se jodieron si seguían discriminándome. Eso fue un arma mía para exigir mi respeto (...) Un día hablé con mi abuelita: Mire yo ya no dependo de usted; usted depende de lo que yo apporto en la casa, así que le guste o no mi orientación sexual no va ser el motivo por el que usted me vaya a señalar, porque yo no ando ni robando, ni fumando marihuana, ni dando lata en la calle. Lo único que yo hago es amar a una persona de mí mismo sexo, y yo no le veo nada malo, y eso se me va a respetar...”. (Homosexual urbano, 30 años)

“Yo tengo la suerte que tengo una familia que me acepta y me quiere, y he tenido independencia económica”. (Activista homosexual urbano, 47 años)

“Siempre me ha tocado trabajar, entonces nunca he estado con esa dependencia respecto a mis padres, eso me dio mayor valor. Pensé que si reaccionaban de mala manera, yo tenía como salir adelante”. (Homosexual urbano, 27 años)

En el reino de la heterosexualidad aprendemos a despreciarnos

Creer en ambientes donde la heterosexualidad es estimulada y reconocida como la única forma válida de vivir la sexualidad y en donde otras expresiones del deseo son colocadas en el lugar del pecado, de la perversión o de la enfermedad, influye de manera crucial en la percepción que lesbianas, homosexuales y bisexuales tengan de sí mismas.

Si bien hay personas que por diferentes razones vinculadas con su historia personal logran resistir ante los estigmas y agresiones, otras por las mismas razones internalizan mensajes de desprecio y terminan culpándose por sentir lo que sienten, aun y cuando se atreven a experimentar con personas del mismo sexo, o con ambos para el caso de la bisexualidad.

El desprecio por los propios deseos y los sentimientos de culpa ponen en evidencia una de las principales consecuencias del mandato heterosexual, que podríamos resumir como la separación entre el propio cuerpo y el sometimiento a las convenciones culturales que lo disciplinan y someten:

“Son procesos. Yo me detestaba a mí. Yo no puedo ser así, esto está mal, es una cosa sucia, se siente rico y no puede ser. Y comencé a tachar a la gente igual que vos y a ver a la gente que expresa su identidad, mal”. (Lesbiana urbana, 23 años)

La condena a las prácticas sexuales con personas del mismo sexo o con ambas, también incluye la imposición de estereotipos de feminidad y masculinidad, los cuales en algunos casos son asumidos por las parejas homosexuales y lesbianas:

“Mi novia sufría un montón, porque no era nada femenina. Yo le decía que si salía conmigo se arreglara y se viera bonita porque eso es lo que yo soy. Eso no estaba bien, pero era porque se notaba que ella era la niña machita que seguramente había convertido a la princesita -que era yo- y ese es un dolor para la otra persona”. (Lesbiana urbana, 24 años)

La homofobia internalizada y el miedo ante el peligro de una agresión, se activan en presencia de homosexuales que “son más visibles”, bajo el supuesto que la discreción constituye un mecanismo apropiado para evitar las agresiones. De tal suerte, algunos homosexuales reconocen su malestar y su temor cuando se encuentran en tales circunstancias:

“Me recuerda a mi niñez, y me siento expuesto a que me vulgareen o me agredan. En un lugar en donde sé que nadie me va a agredir me siento bien y no tengo miedo. Pero fuera de una zona de confort, me cuesta porque mis miedos se disparan”. (Homosexual urbano, 44 años)

Por otro lado, la homofobia internalizada y el miedo al rechazo forman parte de un círculo vicioso que reproduce los estereotipos de género y la estigmatización hacia homosexuales, lesbianas y bisexuales, tomando en cuenta que esta forma de violencia tiene, como fin último, legitimar el predominio de la heterosexualidad y condenar al silencio y el desprecio a quienes transgreden.

Las experiencias de rechazo y agresión hacia homosexuales que adoptan ciertos comportamientos que se suponen propios de las mujeres, en muchos casos les han obligado a disciplinar conscientemente sus cuerpos, de tal manera que logren encajar hasta donde sea posible en los estereotipos masculinos:

“En la universidad, me propuse que no me iban a tildar de maricón, me junté con los más rudos, aprendí a hablar diferente, a copiar ademanes, aprendí a fumar, a beber. Hice ese cambio y lo hice conscientemente, porque no quería volver a vivir eso”. (Homosexual urbano, 44 años)

En este sentido, algunos homosexuales y lesbianas rechazan tajantemente a hombres -homosexuales o no- que asumen ciertos rasgos que se suponen propios de la feminidad, y más rotundamente a travestis y transexuales:

“No me gustan los hombres que se visten de mujer. Por muy gay que seás, no puedes perder tu masculinidad. Me molesta que cambien. Vos sos hombre y te gusta otro hombre. No me gusta que se les note la pluma. No me gusta el irrespeto”. (Homosexual urbano, 25 años)

“Cuando veo a una chica que le gusta otra chica y la veo muy masculina y muy macha, no me gusta. Porque se supone que si soy mujer, el hecho que sea lesbiana no me voy a vestir como hombre... Cuando te ven con alguien masculino, te dicen cosas. Y te dicen que cuando sos mujer te tienes que vestir como mujer”. (Lesbiana rural, 20 años)

En las citas anteriores resulta interesante constatar la defensa de un modelo de masculinidad que afirma la “hombría” a pesar de, o tal vez para defenderse de quienes afirman que los homosexuales en tanto tales, no son hombres. Asimismo, la consideración del “afeminamiento” de algunos hombres como falta de respeto, podría indicar no solo la fidelidad al binarismo de género, sino una marca sexista que fomenta el menosprecio de todo lo que se supone propio de las mujeres.

En el caso de las lesbianas se podría tratar por un lado de un marcado apego a los roles femeninos, pero también de la necesidad de protegerse o atenuar las agresiones masculinas por ser lesbianas, que en su estética expresan cierta preferencia por algunos roles que se consideran típicamente masculinos.

En cualquier caso, el rechazo y la discriminación que sufren en diferentes espacios las personas que transgreden el mandato heterosexual tiene entre sus principales daños, devolver a lesbianas, homosexuales y bisexuales una imagen negativa de sí mismos, haciéndoles sentir como seres defectuosos, enfermos, malos e indignos del respeto de los demás. La homofobia internalizada es pues el resultado de los estigmas con que la sociedad logra someter a las personas que encarnan la disidencia sexual.

Las inevitables pérdidas y los duelos

Asumirse lesbiana, gay o bisexual implica en determinadas circunstancias, perder lugares de reconocimiento, relaciones, afectos, prestigio, oportunidades, derechos. Pero ello no solo ocurre con las personas que se asumen diferentes a la norma heterosexual, también les sucede a las familias en el proceso de aceptación:

“En la familia es un proceso que va cambiando, con avances y retrocesos”. (Activista gay urbano, 21 años)

“Para mí el proceso personal fue como doloroso. La palabra duele. Decir que soy lesbiana implica que por eso voy a ser discriminada, que si a alguien no le gusta, se sentirán con el derecho de decir que no puedo estar aquí. Ser lesbiana significa hacer los duelos de un proyecto que nunca fue mío. Desde antes de nacer mi mamá pensaba en cuándo yo me casaría con un hombre, cuándo yo tuviera hijos, sus nietos... no digo

que siendo lesbiana no pueda hacer esas cosas, pero yo ahorita no las quiero. Es hacer el duelo de un proyecto que de alguna manera me habían destinado”. (Activista lesbiana urbana, 30 años)

“Para mí fue un golpe duro, pero con el tiempo he logrado capitalizar y buscar como enderezar la nave para ayudarla a ella (...) Acá en Nicaragua no es fácil, ha sido un tabú, esperaba tener nietos, fue duro”. (Padre de hija lesbiana)

“Creo que las mujeres en mi familia aún están en proceso de duelo. Creo que me respetan sólo por el mandato religioso de amar al prójimo”. (Activista lesbiana urbana, 24 años)

“Pérdida de oportunidades y respeto, de apoyo de los padres. Ningún padre está preparado, es un gran impacto porque son religiosos y por los estereotipos machistas; querían nietos y no hijos gays. Fue así al inicio, me intentaron pegar y correr... y ahora lo toleran bastante”. (Activista gay, 27 años)

“Me crié con mis padres, era la princesa de la casa, nunca me faltó nada. Pero ya al decírselo fue un boom para mí y para mi familia, porque mi madre quería que me casara, tuviera hijos, etc. (...) mi familia ya no me quiere (...) Me decían que soy el diablo” (Lesbiana urbana, 28 años)

“(...) He tenido que renunciar a esa amistad para poder vivir en libertad”. (Activista gay urbano, 24 años)

“Ha sido un camino arduo, largo, para encontrarme me vine a vivir a Managua. Actuaba por instinto. Todo el mundo sabía que era la cochona del pueblo, menos mi familia (...) Salí del clóset en el espacio público por ser solidaria conmigo misma y salir de ese tormento”. (Lesbiana rural, 24 años)

“No lo he terminado de aceptar completamente, porque esto es algo cambiante cada día (...) No lo puedo asumir al 100%; creo que todavía voy en el camino”. (Activista gay urbano, 24 años)

“Estoy fuera de clóset 100%. Para llegar a esto ha habido un trabajo intenso en estos 47 años para sentirme como me siento ahora: libre totalmente”. (Activista homosexual urbano, 47 años)

Resulta de gran interés para entender las experiencias de rechazo y violencia que sufren homosexuales, lesbianas y bisexuales en sus familias de origen, la comprensión del sentimiento de pérdida que experimentan, en directa relación con las expectativas que particularmente las madres y los padres tienen en relación a sus hijos e hijas.

En el esquema de la sexualidad reproductiva comúnmente se piensa que hombres y mujeres en algún momento de sus jóvenes vidas van a casarse y tener hijos, junto con otros factores que otorgan prestigio y reconocimiento como por ejemplo, tener una profesión y ser solvente económicamente.

Ante la confirmación de una hija lesbiana o un hijo gay, los familiares se enfrentan no solo a un sentimiento de desconcierto y en muchos casos de culpabilidad por no haber sabido educarles en las normas heterosexuales, sino a la decepción de no poder realizar las expectativas iniciales, ya que se supone -como efectivamente es en una sociedad

como la nicaragüense- que no podrán reproducir el esquema de familia heterosexual considerado normal y deseable.

Este sentimiento de pérdida en realidad tiene que ver más con el apego a las normas heterosexuales y la homo/lesbofobia que le es propia, que con la calidad de los vínculos que se desarrollan con las personas que se asumen lesbianas, bisexuales u homosexuales. Lo que se pierde es la posibilidad de reproducir el modelo heterosexual y con ello el reconocimiento social, por ello no es extraño que el sentimiento de dolor que viven los familiares, esté acompañado de vergüenza y frustración.

Tampoco es de extrañar que una de las primeras reacciones de padres, madres e incluso de amistades cercanas es la de recurrir a las iglesias o a la terapia para ayudar a gays, lesbianas y bisexuales a superar lo que suponen una alteración del espíritu o un desorden psicológico. Como sabemos, son frecuentes las experiencias que procuran “sanar” o “curar” la homosexualidad, el lesbianismo y la bisexualidad como una desviación temporal.

Por su parte, lesbianas, gays y bisexuales en su posición de hijos e hijas, con frecuencia pueden experimentar un sentimiento de culpa por “provocar” sufrimiento a sus progenitores, optando en no pocas ocasiones, por la negación y el silencio.

Si bien estas experiencias de rechazo/aceptación son vividas de múltiples maneras y con diferentes intensidades en las familias, las y los activistas coinciden en la idea de que el proceso de aceptación es largo e implica cambios profundos en las familias de origen.

4.3 Hay vida más allá de la heterosexualidad: Importancia del apoyo de las familias

Los principales temores que expresan las familias que participaron en el estudio, están relacionados con el rechazo y posibles agresiones que puedan sufrir en el espacio público, incluyendo centros de trabajo.

Frente a estos temores reales y cotidianos, los familiares que han logrado avanzar hacia la aceptación de lesbianas, gays y bisexuales consideran necesario proporcionarles toda clase de apoyos afectivos, como forma de compensación ante el rechazo y la discriminación que puedan sufrir en otros espacios. La demostración de afecto, la comunicación fluida y el apoyo a sus proyectos de realización forman parte de una estrategia de protección desarrollada por madres, padres y otros miembros de las familias.

Una de las madres entrevistadas explica que el hecho de que la hija sea lesbiana, le ha unido más con su esposo, los tres están más en contacto y no la abandonan en ningún momento; el afecto lejos de debilitarse se ha visto fortalecido.

Otras opiniones de familiares describen procesos similares:

“Hay que nombrarlo para normalizar (...) En la familia nos descubrimos como personas valientes en una sociedad con una enorme capacidad de hacer daño; me di cuenta de que por no nombrar estaba violentando a mi hermano y mi cuñado (...) Hay que tener consciencia y hacer todo lo contrario (...) A otros familiares les diría que el tema es el amor y el respeto; si lo tenés por alguien, el cómo se es parte de su identidad, y cómo se le va a seguir amando con esa identidad, y nombrarlo. Éstas son herramientas y ejercicios para superar algo que la cultura nos ha impuesto. Porque nombrarlo es imponernos, con dignidad. Y con amor”. (Hermano de homosexual)

“Lo que recomiendo a los familiares es aceptación, respeto... si vos no se lo das en la casa no sé qué podés esperar en la calle de la gente... el primer lugar donde deben sentirse acogidos es en su casa”. (Madre de lesbiana)

“En la familia, el ser gay impuso la realidad, no sólo una, son muchas de las diversidades de las formas de ver la vida, y lo importante del afecto y el cariño como nos damos (...) Ése fue el principal recurso; disponerse a botar barreras; comenzar a romper barreras, dar afectos, mostrar afectos, compartir sentimientos, ser solidarios y estar todos en una misma mesa”. (Hermano de homosexual)

“No lo pregonó a los cuatro vientos pero cuando alguien puede hablar para ofender, le digo que vaya con cuidado, que mi hija es lesbiana. Si alguien dice algo yo la voy a defender.” (Madre de lesbiana)

“Desde que salí del clóset la relación con mi madre mejoró. Se lo dije porque yo quería compartir esa parte de mi vida, me dijo que ya lo sabía. Para ella lo importante era que se lo dijera, no que fuera o no lesbiana”. (Activista lesbiana urbana, 32 años)

“Con mi padre ha mejorado la relación, siento que ahora me quiere más, aunque le costó. Creo que sienten que me tienen que querer todavía más. La relación se fortaleció más, me quieren más y están más cerca... Me han defendido”. (Homosexual urbano, 24 años)

“A mí no me da pena, yo les digo a mis amigas que tengo una hermana lesbiana”. (Hermana de lesbiana, urbana)

“Mi papa se dio cuenta, y mi experiencia es que fue súper amoroso y comprensivo; no me castigó, ni me rechazó, ni me condenó... También mi hermano más pequeño es gay, toda la familia lo sabe y es aceptado, respetado y querido, no hay problema”. (Lesbiana urbana, 62 años)

Si bien hay madres y padres que se muestran comprensivos y aceptan a hijos e hijas gays y lesbianas, también en cierto que estos cuerpos no heterosexuales, constituyen una excepción que difícilmente se asume como parte de la diversidad sexual en los ámbitos de la familia, tal como señala la madre de una joven lesbiana:

“Pero ella no es rechazada, lo único que le dije es que no hagan muchas demostraciones, porque aquí hay dos niños y yo no sabría como manejar el asunto”. (Madre de lesbiana, urbana)

Como parte del proceso de aceptación y apoyo a hijos e hijas lesbianas y gays frente al rechazo y la discriminación que sufren en los espacios públicos, sus familiares reafirman

la necesidad de defenderles y demandar respeto frente a cualquier tipo de comentarios homo-lesbofóbicos. Ello supone una forma de activismo cotidiano que tiene como base, más que la comprensión conceptual sobre la sexualidad, una actitud ética que coloca en el centro de las relaciones entre miembros de una misma familia, el afecto, el respeto y la aceptación de las diferencias:

“Necesito aprender a manejar los términos gay, lesbiana, trans, etc. Las crié bien para ser muy naturales, espontáneas, ellas mismas, no dejarse manipular ni por el sistema, ni por la familia. Yo tengo una hija lesbiana, a mi no me da pena, yo no escondo a mi hija”. (Madre de lesbiana, urbana)

En la anterior cita también podemos encontrar una importante dosis de rebeldía que también explica - al menos en parte - una mayor apertura en este caso de la madre, para aceptar y respetar el lesbianismo en la propia familia. En un sentido contrario, aquellas personas que han interiorizado con mayor rigidez los mandatos de género, tendrán mayores dificultades para aceptar transgresiones en el orden de la sexualidad, incluyendo aspectos como la orientación del deseo y las expresiones de género.

Las propias experiencias de rebeldía en cualquiera de las dimensiones de las identidades de género, incluyendo el ámbito de la sexualidad; así como, una postura ética que afirma el respeto por las y los otros, permeado por el afecto y la empatía; forman parte de los factores vitales que intervienen en una mayor o menor aceptación del lesbianismo, la homosexualidad y la bisexualidad en las familias, pero también en otros espacios como en los grupos de amistades y otras comunidades de las que formamos parte.

4.4 Las familias necesitan espacios para entender y nombrar

Las y los familiares que participaron en el estudio, reconocen la necesidad de habilitar espacios donde puedan hablar y compartir experiencias con padres y madres que estén pasando por procesos similares, tal y como describe la madre de una lesbiana:

“Yo quisiera hacer un grupo de apoyo para las madres de hijos con preferencia sexual diferente, porque tengo amigos que se han metido a grupos religiosos esperando cambiar a los hijos... Para decirles que yo me levanté y dije: o sea, mi hija lo es, ¿y por qué no lo asumís? (...) Aquí no hay un lugar donde uno pueda decir (...) Sería útil, adecuadísimo, necesario, un lugar donde se pudiese conversar, porque yo conozco a muchísimos parientes, mamás, que esconden a los hijos... Que entiendan que no están solas, que somos un montón de madres que hemos pasado por lo mismo y que, a final de cuentas, es cierto, en la unión está la fuerza. Yo sé que yo no estoy sola en el mundo porque mi hija no es única”. (Madre de lesbiana, urbana)

Una de las madres entrevistadas que proviene del ámbito rural, demanda explícitamente información para entender el motivo de que su hija “sea así”. Si bien ha aprendido a aceptarla, no encuentra explicaciones que le permitan comprender por qué si su hija es mujer, puede tener esos sentimientos por otra mujer:

“Lo aceptó desde el principio, incluso fue a consultar a un adivino si sus sospechas eran ciertas, y él le dijo que sí. No me sorprendió”. (Madre de lesbiana, rural)

Tal es el peso de la naturalización de la heterosexualidad como la única forma posible y deseable de vivir la sexualidad, que el desconcierto que provoca en las familias la existencia lésbica u homosexual, requiere incluso de un abordaje mágico, en donde se incluyen plegarias y tratamientos mágicos para procurar la “curación” de aquello que se considera un pecado, una expresión del mal o una enfermedad.

Junto a la aceptación y el apoyo a hijas lesbianas dentro de la familia, persiste la creencia de que algunas mujeres renuncian a relacionarse sexualmente con los hombres, como consecuencia de la violencia machista, lo que constituye en cierto modo, una especie de explicación razonable frente a una realidad que no pueden cambiar:

“Tal vez por eso de cómo los hombres son con las mujeres, que no las respetan, pues mejor se apartan de eso, porque incluso las están matando. Mejor, así ningún hombre les va a pegar”. (Madre de lesbiana, urbana)

Por otro lado, las y los familiares que han participado con anterioridad en actividades de reflexión promovidas por algunas organizaciones feministas, reconocen que éstas han tenido un papel clave, sobre todo para ayudarles a entender la homosexualidad, el lesbianismo y la bisexualidad como parte de la multiplicidad de posibilidades que tenemos los seres humanos de vivir esta dimensión del deseo. Entender para superar los sentimientos de vergüenza, de temor y de culpa, vincularse a otras miradas, les ha dado fuerza para aceptarles y defenderles tal y como son.

La madre de una lesbiana explica su primera experiencia en un grupo de reflexión para familiares organizado por el Programa Feminista La Corriente:

“Somos bien recibidos y nos apoyan (...) cómo nos atendieron como madres, como hermanos, me sentí de lo mejor. En primer lugar, no sabíamos delante de quién estábamos hablando, pero sí me sentí bien porque nos desahogamos, todo lo que llevábamos dentro... Antes para mí era duro, yo sentía aquí algo; ahora no. Desde la capacitación, me quedé como libre (...) ojalá que así como lo tomo yo, que lo tomen todas las personas que lleguen allí”. (Madre de lesbiana)

La importancia de contar con espacios de reflexión y formación es considerada por algunos familiares como una necesidad para tener un punto de apoyo que les permita bregar con las tensiones que se derivan del hecho de tener una hija lesbiana u homosexual, lo que es vivido y nombrado como problema dentro y fuera de las familias:

“Las personas involucradas en este tipo de cambios necesitamos tener conocimientos a los cuales aferramos para salir adelante en esta situación (...) con la ignorancia nos aferramos a algo negativo, y necesitamos lo positivo para salir adelante. De todas esas ayudas que están haciendo los activistas, ésta me gustaría que se generalizara para las personas que tenemos estos problemas”. (Padre de lesbiana)

4.5 Modelos afirmativos y entornos seguros

Las y los activistas que participaron en el estudio, reconocen la importancia de contar con personas que han desafiado el mandato heterosexual, quienes aun sin proponérselo explícitamente se constituyen en referentes que inspiran y validan la transgresión y la autoaceptación. Tales modelos pueden estar presentes dentro y fuera de los colectivos organizados, como confirman las siguientes citas:

“Me ayudó por ver algo real y cercano, a dos mujeres interactuando. En los colectivos encontré referentes. Fue una gran revelación”. (Activista urbana, 25 años)

“Mi primo Carlos, homosexual, peluquero, regresó de San Francisco y bastó un solo día para sacarme del clóset; él me enseñaba y hablaba y me hizo entender que yo no era anormal. Ahí me llegó la libertad”. (Activista homosexual urbano, 47 años)

“Para poder llegar a aceptar que no sos la persona que la gente quería, que la sociedad espera, eso duele. Para mí, Laura (amiga lesbiana) fue un recurso”. (Activista lesbiana urbana, 32 años)

“Conocí mis derechos y me empoderé. Conocer a personas con identidades similares, saber que no eres el único”. (Activista homosexual urbano, 24 años)

La importancia de colocar la diversidad sexual en un marco de derechos y no de explicaciones religiosas, ha contribuido a que lesbianas, homosexuales y bisexuales se asuman en una posición de afirmación y resistencia:

“Cada quien crea seguridad donde sea; si vos estás consciente y conoces tus derechos vas a hacer ese lugar seguro para vos”. (Activista homosexual urbano, 23 años)

“Vivir mi sexualidad de una manera libre y placentera. Poder ser yo misma, poderme posicionar desde donde me había negado ser y mi derecho a ser y estar en el mundo, desde esta identidad”. (Activista lesbiana urbana, 26 años)

“La aceptación vino al conocer mis derechos y ponerme a investigar (...) Me liberé de cadenas, me di cuenta de que no era pecado, y “ah, lo desecho, por fin”. (Activista gay urbano, 24 años)

“El marco jurídico de la universidad que no hay afuera, que garantiza mis derechos y toda esa gente educándose. Me sentí protegido, y cuando las leyes le protegen, un ser humano puede caminar con libertad” (Activista homosexual urbano 47 años)

“Yo convierto en lugar seguro los sitios que visito (...) Eso depende de mi seguridad y de conocer los derechos que yo voy a defender” (Activista lesbiana urbana, 26 años)

4.6 Importancia de los colectivos que defienden nuestros derechos

Involucrarse en organizaciones que defienden derechos de homosexuales y lesbianas es reconocido como un factor que contribuye a los procesos de autoaceptación y defensa del derecho a vivir una sexualidad que no se somete al mandato heterosexual:

“Las organizaciones ayudan al tema de nombrar el proceso social y cultural que se

gesta en la discriminación, y evidenciar los nudos, de manera activa, con activismo, porque eso es político”. (Hermano de un homosexual)

“Me ha ayudado mucho, porque antes yo vivía con esa culpa de pensar que iba directa al infierno, que por mi culpa murió mi abuelo. Pero al estar en esos espacios me liberé de esa culpa, y ahí me siento bien plena y puedo decir que soy lesbiana”. (Activista feminista urbana, 27 años)

“En estos procesos he podido concebir que es la realidad de cada quién. El involucrarme con personas diversas me ha ayudado muchísimo”. (Activista homosexual urbano, 27 años)

“En los colectivos descubrí la diversidad. Antes para mí las lesbianas no existían en el mundo; para mí todos eran gays, bisexuales o heterosexuales (...) Más que los talleres, aprendés de las experiencias de las otras personas”. (Activista homosexual urbano, 22 años)

“La colectiva era y es mi lugar seguro, aquí puedo ser yo y he creado lazos de amistad fortísimos”. (Activista lesbiana urbana, 22 años)

Sin embargo, algunas opiniones también reconocen ciertas limitaciones en las dinámicas de los colectivos que defienden los derechos de las personas LGBT, en términos de articular visiones más integrales que permitan comprender la interrelación entre sexismo, machismo y homofobia:

“Pero lo que les falta a los movimientos de la diversidad sexual es formarse, ser académicos, porque sólo manejan los discursitos de discriminación, pero eso va más allá de vos como persona. Sin feminismo no funciona, porque fueron las feministas las que ayudaron a los movimientos pro diversidad sexual a surgir. (...) estar en movimientos de lesbianas me fortaleció para entender que debo formarme más y pensar antes de hablar. Necesitamos formarnos más, también la gente que dirige los movimientos” (Activista lesbiana rural, 27 años)

Otros problemas señalados por activistas están relacionados con la falta de coherencia entre los discursos y la práctica de algunos activistas, así como las relaciones de poder entre distintos colectivos:

“Busqué el movimiento y en un momento consideré que luchaban por los derechos. Pero estando adentro, fue totalmente diferente. Por ejemplo, oía hablar mal de las feministas (...) También he encontrado en estos movimientos dobles morales y discursos... Me decepcioné un poco de los movimientos”. (Activista lesbiana rural, 27 años)

“En el colectivo homosexual he visto discriminación por ser pobre, el lugar donde vivís, cómo te vestís, con qué amigos te juntás, si sos travesti y te vestís de mujer, qué apellido tenés... lo mismo que sucede en heterosexuales. Se reproduce. También hacia homosexuales indígenas, he escuchado: “Además de cochón, afeminado e indio”. ¿Te puedes imaginar lo que es cargar con tanto?”. (Activista homosexual urbano, 47 años)

“Pero en espacios LGBT como lesbiana no me siento representada, porque sólo hay hombres y trans, y no hay la misma necesidad como chico gay que como mujer lesbiana. La representatividad no es la misma. En los cargos grandes están los gays y las trans; en los pequeños las lesbianas. No hay muchas mujeres participando. Siempre ha habido el poder y mandato de gays y no tanto las trans. No ha habido un relevo y

una acogida tan real a mujeres”. (Activista lesbiana urbana, 27 años)

“Sin feminismo no es que no haya orgullo, pero sin feminismo yo no podría nombrarme (...) No me sentí del todo cómoda en las organizaciones de diversidad sexual; pero sí reconozco que es bueno que pongan este tema tabú en Nicaragua en la agenda pública”. (Activista lesbiana, 24 años)

En su mayoría, las personas entrevistadas tienen una buena opinión de los colectivos que trabajan por los derechos de las personas LGBT, porque como mencionó una de ellas, *“alguien tiene que dar la cara por quienes aún no se atreven a salir del clóset”*. Sin embargo, al menos dos de ellas, difieren en cuanto a algunas de las estrategias que estos colectivos han desarrollado:

“Que no lo hacen bien, porque se enfocan en las personas que sufrimos la violencia y está bien porque necesitamos apoyo, pero no están cambiando gente, no están ayudando a la gente que no quiere crecer. La población que provoca los problemas es esa generación que no entiende la diversidad sexual.” (Lesbiana urbana, 23 años)

La anterior cita plantea una demanda a los colectivos LGBT para priorizar estrategias que promuevan cambios en las familias y en la sociedad para avanzar en la comprensión y el respeto a la sexualidad no reproductiva, si bien ello no sería posible sin la organización de colectivos visibles para la defensa de derechos.

Otra de las críticas expresadas por uno de los entrevistados, está relacionada con los discursos y gestos públicos que llevan a cabo algunos colectivos de la diversidad sexual:

“En algunos casos me parece que son agresivas las formas en que hacen el activismo. El tema de la religión se debería tocar, que no es muy inteligente atacar la religión de una forma agresiva si no tenés una contrapuesta, irrespetando símbolos es muy agresivo... (...) Veo que hay mucha confrontación... (...) Tampoco amenazas, vi que un tipo iba a publicar los nombres de los diputados gays. Eso no lo veo bien.” (Homosexual, 44 años, urbano)

La crítica a los colectivos LGBT frente a determinadas formas de hacer política -que también se plantea para las organizaciones feministas- por confrontar imaginarios sociales que reproducen un orden heterosexista, podrían sugerir una cierta interiorización de esos imaginarios y apego a las instituciones que los promueven, pero también un cierto temor a desafiar los poderes tutelares. Tal es el caso de las iglesias fundamentalistas que ponen en circulación discursos con altas dosis de violencia simbólica que constituyen uno de los principales obstáculos para avanzar en el reconocimiento de la diversidad sexual.

A pesar de las críticas antes señaladas, las y los entrevistados reconocen la labor que realizan los colectivos de la diversidad sexual:

“Respeto a la gente que da la cara. Hay una diversidad dentro de nuestro gremio, lo apoyo y agradezco”. (Homosexual urbano, 44 años)

“Me parece que hacen un buen trabajo, porque alguien tiene que ser portavoz de muchas cosas.” (Homosexual urbano, 25 años)

“Me parece muy importante porque tenemos ese espacio único para expresar lo que sentimos. Es importantísimo.” (Lesbiana rural, 20 años)

Salir a las calles para demandar reconocimiento es probablemente una de las acciones políticas más desafiantes en la historia reciente de los colectivos LGBT en Nicaragua. A partir de la primera marcha realizada en la ciudad de Masaya en el año 2004 y las sucesivas realizadas en la capital del país, han ido creciendo en cantidad y diversidad los grupos y las personas que participan en las mismas. La marcha realizada el 28 de junio del 2016 es señalada como un momento importante para la transgresión, la autoaceptación y la celebración:

“Cuando vi la marcha, dije ‘quiero ir’. Me decidí a ir a la marcha porque dije que si me voy a querer, me voy a querer en todos lados. (...) Después de la marcha lloré. Cuando llegué estaba temblando y sudando, tenía miedo. En la marcha, la música, ver tanta gente tomándose fotos, las quería subir. Se lo quería gritar a todo mundo: Voy a la marcha, soy lesbiana. Grité. Bailé”. (Lesbiana urbana, 23 años).

Contar con amistades que son activistas también influye en la forma de ver la homosexualidad y el lesbianismo, pues hablan desde lugares comunes de discriminación y resistencia, como se resume en la siguiente cita:

“Las influencias vienen de personas. (...) Veo más válido cuando viene de una persona que es gay o lesbiana y hace activismo, porque no es lo mismo cuando lo hace un heterosexual que luce por nuestros derechos, porque no está en nuestros pantalones”. (Homosexual urbano, 44 años)

4.7 El feminismo como espacio para comprender, reconocernos y rebelarnos

Si bien en Nicaragua como en otros países de la región, los vínculos entre organizaciones feministas y LGBT se han ido construyendo con diferentes intensidades tomando en cuenta distintas trayectorias, modos de organización y estrategias políticas entre ambos actores, resulta cada vez más evidente la necesidad de construir narrativas más comprensivas de la conjugación del sexismo, el machismo y la misoginia, con el rechazo de todos los cuerpos que encarnan de algún modo, la transgresión a las rígidas normas heterosexuales que colocan la sexualidad como medio para la reproducción.

La importancia del feminismo como propuesta política que ayuda a identificar y nombrar malestares, reflexionar sobre el propio cuerpo y defender la diversidad sexual, también es reconocida por las personas entrevistadas:

“Ayer di un paso en mi vida, dije delante de un puño de mujeres, hablé de mi vida y de mí. Salí... Me preguntaron que cómo sufría la discriminación por amar a una mujer de mi mismo sexo. (Lesbiana rural, 20 años)

“Ya podemos estar en bastantes lugares públicos, nos ha dado ganancias. El feminismo ha sido en mi vida todo. Crecí con esa ideología. Me ayudaron en la aceptación propia, en la reflexión de mi cuerpo (...) la magia que las mujeres necesitamos. Es esa luz

que todo mundo debería ver”. (Activista bisexual, 21 años)

“A mí quien me abrió los ojos, me dio luz, me dio herramientas, me enseñó que es un derecho, me abrió las puertas, fue el feminismo” (Activista lesbiana urbana, 62 años)

“El feminismo cambia la vida de las personas de una forma radical; te abre muchas puertas, te enseña muchas cosas, te abre los ojos principalmente. Te das cuenta de que te están jodiendo la vida... muchísimas cosas”. (Activista lesbiana urbana, 22 años)

“Al seguir a La Corriente y leer, eso me dio la pauta a reconocer que podía existir esa otra posibilidad, o sea que hay vida después de la heterosexualidad, y que existía la posibilidad de ser lesbiana (...) Me dio más fuerza para decir que sí soy lesbiana, y ése es un lugar desde donde me posiciono para hacer más resistencia... Si no hubiera sido por las organizaciones feministas, no podría nombrarme como tal ni reconocerlo como un derecho (...) La formación de la Corriente va más allá de los derechos sexuales y derechos reproductivos, lo que hace es politizar estas experiencias, ponerles nombre, y hacerlo desde el feminismo”. (Activista lesbiana urbana, 26 años)

“El reconocerme como ciudadana y decir que tengo derechos fue por las organizaciones feministas”. (Activista lesbiana urbana, 32 años)

“El feminismo me enseñó que el cuerpo no lo tenía que limitar, que se podía disfrutar todo el cuerpo (...) En el proceso con La Corriente vi que el cuerpo es libre, la metodología que tienen es como llevar un diplomado con teoría y práctica, en un contexto histórico; se hace un recuento histórico hasta llegar a la actualidad y la problemática, hacen un análisis profundo, no sólo por encima. Te enseña que tenemos que empezar a hacer cambios en nosotros mismos para generar cambios en el resto de las personas”. (Activista homosexual urbano, 24 años)

4.8 Sueños para otro mundo posible

Una sociedad que respete el derecho de las personas a vivir su sexualidad libre de mandatos, que promueva una educación respetuosa de la diversidad sexual, que erradique la violencia y la discriminación que sufren lesbianas, homosexuales y bisexuales resume la orientación de los cambios que desean la mayoría de las personas que participaron del presente estudio:

“El silencio, que me dejen decirlo. Que a mi sobrina dejen de decirle que es malo... (...) Llamar a las cosas por su nombre”. (Bisexual urbana, 21 años)

“Que haya aceptación total. Para sentirte en la completa libertad de ser y estar y que no suponga una agresión. Sentirme bien conmigo mismo.” (Homosexual urbano, 44 años)

“Querer a quien yo quiera y mostrarlo a la gente porque es difícil y porque querer a la gente es lindo y poder decirlo en mi redes sociales... Mostrar mi felicidad. Eso quiero”. (Lesbiana urbana, 23 años)

“Defender estar con alguien, más que por un capricho, sino por una defensa de mí y de la persona con la que estoy.” (Bisexual urbana, 21 años)

“Poder hablar con mi mamá y que lo acepte, soy su hija y me tiene que aceptar...A veces tenemos eso ahí, que queremos hablarlo con alguien, tal vez una persona que

quiera escucharte. Necesitamos hablarlo y sacarlo. Yo quisiera gritarlo pero luego entran la iglesia y la sociedad". Salir del clóset sería sensacional. Tener a la chica que yo quiero, vivirlo" (Lesbiana rural, 20 años)

Aunque uno de los jóvenes homosexuales entrevistados considera que la sociedad nicaragüense aun no está preparada para reconocer la sexualidad como un espacio de libertad para elegir, las reflexiones compartidas por madres, padres, hermanos de homosexuales, lesbianas y bisexuales alimentan la esperanza de que es posible construir nuevas comprensiones sobre la sexualidad y entornos más seguros para todas y todos.

V. REFLEXIONES FINALES

Las duras experiencias de rechazo, violencia y discriminación que sufren lesbianas, homosexuales y bisexuales tanto en los ámbitos familiares como en los espacios públicos y que fueron compartidas por las personas que participaron en el estudio, además de coincidir con otros estudios realizados por organizaciones de la diversidad sexual en Nicaragua, nos hablan del predominio de un modelo de sexualidad que coloca a la heterosexualidad como la única vía posible de realización del deseo.

También nos habla de una sociedad que bajo la influencia de una ideología religiosa impuesta por la colonización europea, niega a hombres y mujeres cualquier posibilidad de experimentación, aprendizaje y elección en el ámbito de la sexualidad. Desde este enfoque, hombres y mujeres estaríamos destinados a someternos al orden heterosexual, aunque ello suponga negar nuestra propia experiencia.

Las familias como espacios de socialización, constituyen el primer laboratorio de aprendizaje de la sexualidad en clave heterosexual; por ello no es de extrañar que la presencia de un hijo homosexual, lesbiana o bisexual cree un enorme desconcierto y genere toda clase de temores tal y como reconocen las personas que participaron en este estudio.

Como señalan algunas de las entrevistadas, el largo y complejo proceso de aceptación de las personas que transgreden el mandato heterosexual, necesariamente implica un duelo frente a la “pérdida” de las expectativas que madres y padres construyen en torno a sus hijos e hijas. En el centro de tales expectativas está la necesidad de reproducir el modelo de sexualidad reproductiva en que fueron educados las y los progenitores.

Se trata de duelos simbólicos toda vez que padres y madres no pierden realmente a sus hijos e hijas por el hecho de ser bisexuales, lesbianas u homosexuales; pierden la efectiva correspondencia entre los estereotipos que definen lo masculino y femenino, y las rupturas con dichos estereotipos que la homosexualidad representa. Se trata de un sentimiento de extrañeza, distanciamiento y rechazo frente a una hija o un hijo que se comporta de una manera “anormal” en el terreno de la sexualidad.

Tener un hijo homosexual o una hija lesbiana representa para muchos padres y madres una especie de derrota frente a la sociedad. El miedo a la crítica, pero también al rechazo y la discriminación que puedan sufrir hijas e hijos homosexuales, lesbianas y bisexuales, forman parte de un proceso doloroso y contradictorio, que al menos en un primer momento se intenta resolver con la negación o bien con los intentos de “curar” lo que se supone una enfermedad del cuerpo y del alma.

En los relatos de algunas lesbianas y homosexuales se reconoce que las madres pueden ser incluso más duras que los padres en el rechazo a sus hijos e hijas, lo que podría explicarse por el hecho de que es a las mujeres en su rol de madres, sobre quienes la sociedad deposita la mayor responsabilidad de educar a los hijos e hijas en la aceptación de los mandatos establecidos por la cultura heterosexista. De tal suerte, es sobre las madres en quienes recae el peso de la crítica social por haber “fallado” en la tarea de reproducción del modelo heterosexual.

Si bien muchas de las y los familiares entrevistados anteponen el amor por sus hijos e hijas como principal antídoto para lidiar con el peso de la homofobia, también reconocen la necesidad de contar con espacios en donde puedan desahogarse, compartir con otras personas que están pasando por situaciones similares y entender los factores que explican la homosexualidad y el lesbianismo. Podemos suponer que esta demanda también infiere un agotamiento de los restrictivos espacios que proporcionan las iglesias, en donde el enfoque predominante es de condena a todas aquellas personas que disienten del mandato heterosexual.

Familiares, lesbianas, bisexuales y homosexuales que participaron en el estudio reconocen tanto experiencias dolorosas de rechazo y violencia, como progresivos cambios que en el mejor de los casos llegan hasta la aceptación y el apoyo. Ello parece más frecuente en la experiencia de activistas que han avanzado en sus procesos de autoaceptación y de salida del clóset.

Resulta interesante y esperanzador reconocer cómo la aceptación de homosexuales y lesbianas por parte de las familias, junto con su participación en espacios de reflexión promovidos por algunas organizaciones, contribuye a mejorar la calidad de la comunicación y proporciona información valiosa para comprender la complejidad de la sexualidad y defender a hijas e hijos en otros espacios.

En aquellas experiencias en donde las y los jóvenes no han podido nombrar explícitamente su no heterosexualidad, predominan los silencios como forma de negación y de autoprotección frente a posibles rechazos. Quienes se ven en la obligación de callar, reconocen entre algunas de las consecuencias del silencio impuesto, el miedo, la inseguridad, la frustración y la infelicidad.

Otro de los hallazgos de este estudio, es el relativo a la consideración de las diferencias en el peso que la discriminación tiene sobre homosexuales y lesbianas. Algunas opiniones ponen el énfasis en los “permisos” que la sociedad confiere a las mujeres en general, para expresar públicamente ciertas expresiones de afecto, lo que en el caso de las lesbianas las haría menos propensas a ser señaladas. Tal afirmación requiere de mayores niveles de problematización, si tomamos en consideración que uno de los núcleos que define la heterosexualidad es precisamente considerar a las mujeres como cuerpos sin deseo propio y destinados a la satisfacción del deseo masculino.

Precisamente en esta negación de los cuerpos de las mujeres con deseos propios, se encuentra la clave de la invisibilidad de las lesbianas. La negación del deseo entre mujeres hace que con mucha frecuencia se califique a las mujeres abiertamente lesbianas como “marimachas”, es decir, mujeres que quieren ser hombres.

Por otro lado, las lesbianas que se han atrevido a nombrarse, han enfrentado duras experiencias de discriminación tanto en el seno de sus familias, como en los centros de trabajo y en los espacios públicos. La violencia verbal, física, psicológica y sexual forman parte de la vida cotidiana de las lesbianas que desafiando la cultura heterosexista, defienden su derecho a desear otros cuerpos de mujeres.

Finalmente, en el debate sobre las distintas formas que adopta la discriminación a lesbianas y homosexuales no solo se trata de la orientación del deseo, sino del conjunto de estereotipos que definen lo masculino y femenino. Como lo demuestran los resultados de este estudio, incluso homosexuales y lesbianas a la vez que transgreden el mandato heterosexual, pueden rechazar a homosexuales afeminados y lesbianas masculinas; esto que algunos han dado en llamar “plumofobia”¹.

Las valoraciones positivas que tanto familiares como lesbianas, homosexuales y bisexuales hacen de la labor que realizan las organizaciones feministas y de la diversidad sexual, es otro de los hallazgos del presente estudio, si bien se plantean una serie de recomendaciones críticas para ampliar la comprensión de la interrelación entre sexismo, machismo, misoginia y homolesbofobia, que excluye a las mujeres y otros cuerpos que transgreden el mandato heteropatriarcal.

De acuerdo con opiniones de algunas entrevistadas, en el caso particular de los colectivos LGBT se hace evidente la necesidad de fortalecer políticas de alianza que contribuyan con los esfuerzos de visibilidad que realizan los colectivoslésbicos. En tal sentido, se trata de cuestionar todas las formas de discriminación que también pueden replicarse en los colectivos, haciendo que las marcas del binarismo de género y del sexismo reproduzcan formas de desprecio y estigmatización.

Tanto las organizaciones feministas como los colectivos LGTBI necesitamos ahondar en la comprensión de las estructuras de dominación que nos han impuesto visiones esencialistas y estigmatizadas de las identidades, obligándonos no solo a obedecer al esquema heterosexista, sino a limitar la profundidad de nuestras subversiones. En todo caso, se trataría de politizar todas las subversiones posibles, ya que todas abonan aunque con diferentes intensidades al esquema binario, heterosexual y reproductivo.

¹ Para profundizar sobre el término Plumafobia, se recomienda el artículo de Andrea Puggelli en el siguiente sitio: <http://blogs.20minutos.es/1-de-cada-10/2016/01/10/plumofobia/>

VI. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Antezana, S. G. y Marlene, L. (2007). Homosexualidad, familia y apoyo social. *Gaceta Médica Boliviana*, 30 (1), 30-35.

Arévalo, C., Blandon, M. y González, E. (2015) Nuestros cuerpos a pesar del género. Programa Feminista La Corriente

Blandón, E. (2003). *Barroco descalzo: colonialidad, sexualidad, género y raza en la construcción de la hegemonía cultural en Nicaragua*. Nicaragua: URACCAN.

Blandón, M.T. y Castañeda, R. (2003). *El uso y abuso de Dios y la Virgen. Su impacto en la vida de las mujeres*. Managua: Programa Feminista La Corriente.

D'augelli, A. R., Hershberger, S. L. y Pilkington, N. W. (1998). Lesbian, gay, and bisexual youth and their families: disclosure of sexual orientation and its consequences. *American Journal of Orthopsychiatry*, 68 (3), 361.

Espejo, E.A. (2009). *Manifiesto puta*. Barcelona: Edicions Bellaterra.

Feinstein, B.A., Wadsworth, L. P., Davila, J. y Goldfried, M. R. (2014). Do parental acceptance and family support moderate associations between dimensions of minority stress and depressive symptoms among lesbians and gay men? *Professional Psychology: Research and Practice*, 45 (4), 239.

Gilbert, H. y Bruce, K. (2002). *Gestión familiar de la homosexualidad*. Barcelona: Edicions Bellaterra.

Juliano, D. y Osborne, R. (2008). Prólogo: Las estrategias de la negación. Desentenderse de las entendidas *. En R. Platero (Ed.), *Lesbianas: Discursos y representaciones* (pp.7-16). Madrid: Ediciones Melusina.

Lugo Rodríguez, R. (2006). *Iglesia católica y homosexualidad*. Madrid: Nueva Utopía.

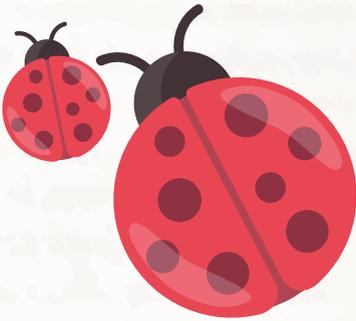
Malterud, K. y Bjorkman, M. (2016). The Invisible Work of Closeting: A Qualitative Study About Strategies Used by Lesbian and Gay Persons to Conceal Their Sexual Orientation. *Journal of Homosexuality*, 1-16.

Mujika, I. y Olaortua, E. (2009). Modelos familiares y cambios sociales: las familias lesbigays y transexuales. Aldarte.

Puggelli, A. <http://blogs.20minutos.es/1-de-cada-10/2016/01/10/plumofobia/>

Romero, D. y Leblanc Castillo, C. (2011). *Homosexualidad y familia: ¿integración o rechazo?* (Tesis doctoral). Universidad Academia de Humanismo Cristiano, Santiago de Chile.

Švab, A. y Kuhar, R. (2014). The transparent and family closets: Gay men and lesbians and their families of origin. *Journal of GLBT family studies*, 10 (1-2), 15-35.



Programa Feminista
La Corriente

